

OBRAS GANADORAS DEL CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD



**Centro
Cultural de
España en
Malabo**

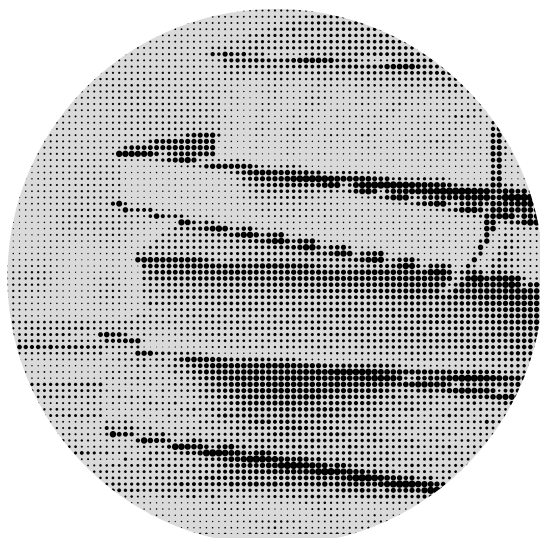
2015

Derechos

- Obras ganadoras del Certamen Literario *12 de Octubre, Día de la Hispanidad 2015*.
- De los textos los respectivos autores
- De la fotografías: los respectivos autores
- Edición y corrección: Centro Cultural de España en Malabo
- Impresión:.....
- Maquetación....

Obras ganadoras del Certamen Literario
12 de Octubre, Día de la Hispanidad

2015



PRESENTACIÓN

Con la publicación de las dos obras recogidas en este libro, el Centro Cultural de España en Malabo da un paso más hacia uno de sus objetivos recogidos en el Plan Marco de Cooperación, promocionar la lengua española y contribuir en el conocimiento de la nueva generación de noveles escritores guineanos a través de la convocatoria de los Certámenes Literarios. En este volumen, presentamos los trabajos: *Quiero ser libre*, de José María Ntutumu Mbá Bindang, y *El baúl de los recuerdos*, de Juan José Ería Itoji, obras ganadoras en la modalidad de Poesía y Narrativa respectivamente del Certamen Literario convocado por nuestra Institución con motivo de la celebración del 12 de Octubre, Día de la Hispanidad correspondiente al año 2015.

La primera parte del libro, contiene el poema *Quiero ser libre*, una reivindicación de los valores de libertad expresada por el autor ante las adversidades que vive muy a menudo en su sociedad, una sociedad en la que la falta de este elemento le hace difícil vivir.

En la segunda parte tenemos la narrativa *El baúl de los recuerdos*, que narra el rumbo que toma la vida de un joven que sufre de amnesia como consecuencia de una agresión.

Por lo que, con esta publicación, nos congratulamos por haber fichado a dos miembros más en la lista de los escritores guineanos, esperando que los contenidos de las mismas le vayan a gustar.

Carlos Nvó Obama
Animador Cultural del CCEM

ADVERTENCIA

Estimado lector, los contenidos de esta publicación pueden considerarse como reales debido a su semejanza y similitud con las vivencias de nuestra sociedad. Por lo que, la semejanza de estos hechos y contenidos que pudiera usted encontrar en el interior de este libro no son más que fruto de su propia imaginación.



José María Ntutumu, nace en Akurenam el 31 de julio de 1991, donde en los años 1994-2007 inicia sus estudios primarios, los estudios Secundarios los realiza en los centros San José de Calasanz y en el INEM Carlos Lwanga de Bata. En los años 2009-2014 cursa su estudios universitarios en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE) licenciándose en Ciencias Políticas y de la Administración.



Juan José ERIA ITOJI, es natural de Moka, provincia de Bioko sur, Guinea Ecuatorial. Realizó sus estudios secundarios en la Rama de Letras.

Es Licenciado en Filología Hispánica (2008), por la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE) y Máster en Docencia Universitaria (2013), por la Universidad de Alcalá de Henares (UAH). Desde 2004 ejerce como profesor de Lengua y Literatura e Historia en secundaria y desde 2008 pasó a formar parte del Laboratorio de Recursos Orales del Centro Cultural de España en Malabo (LROM), donde colabora en las investigaciones y recopilaciones de la tradición guineana.

Desde 2009 hasta la fecha, es profesor de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE).

Ha participado en el III Curso de Lengua Española y Cultura Hispánica, organizado por la UNGE y la UAH, así como en varios cursillos y seminarios organizados por el Proyecto del Laboratorio de Recursos Orales de Malabo, llegando a dar varias conferencias en el Centro Cultural de España en Malabo (CCEM), fruto de sus investigaciones.



¡QUIERO SER LIBRE!

José Ma Ntutumu Mbá Bindang

Me siento incompleto,
me siento insatisfecho,
noto que me falta,
me falta la libertad.

No me siento bien,
triste estoy por algo,
algo muy importante para mí,
y para cualquier persona.

Muchas cosas reivindico,
empiezo por la libertad.
Porque con la libertad,
las demás cosas llegarán.

Dejadme hablar libremente,
permitidme expresar mis sentimientos.
Aceptad mis opiniones,
respetad mis desacuerdos.

¿Qué es la libertad?
Mi opinión, ¿y mi opinión?
Mi libre expresión.

La he buscado en todas partes
pero nunca la encuentro.
La he llamado en todo momento,
jamás me ha contestado.

La espero ansioso, de día y de noche,
desde mi infancia hasta mi adultez.
Ayer, hoy y mañana esperando el tren,
el tren de la libertad.

Dejadme escribir sin limitaciones;
permitidme leer cualquier libro.
Quiero comunicar al mundo entero
lo que pienso, lo que quiero y mi ser.

Quiero cantar libremente
deseo pronunciar las palabras sin miedo.
Quiero utilizar mi inteligencia,
Y hacer ciencia sin temor.

¿Qué es la libertad?
 Mi opinión, ¿y mi opinión?
 Mi libre expresión.

Busco la libertad
 y no la encuentro.
 ¡Oh ilustres militares,
 decidme si por vos ha pasado

En casa, no la encuentro,
 en la iglesia, tampoco.
 En el trabajo, nadie la menciona,
 en la calle, todos la desconocen.

Los días nacen y mueren;
 mis esperanzas se envejecen.
 Me muero sin ilusión,
 anhelando la libertad.

Dejadme saludar a todos,
 deseo hablar con todos.
 Quiero extender mis manos;
 no a las tribus ni etnias, sino a las personas.

¿Qué es la libertad?
 Mi opinión, ¿y mi opinión?
 Mi libre expresión.

¡“Cantemos libertad” es nuestro himno,
 libertad que nunca llega;
 la que siempre llamo,
 la voz que nunca se escucha.

Yo no quiero una ley cualquiera,
 una intención de papel.
 Quiero una ley que me ampare,
 que defienda mi libertad.

No quiero decir lo que no es,
 ni expresar lo que no siento.
 No quiero decir sí cuando es no,
 ni no en vez de sí.

No quiero dormir a destiempo,
ni quiero llorar cuando no vale la pena.
Quiero hacer cada cosa a su tiempo,
cuando lo permita la libertad.

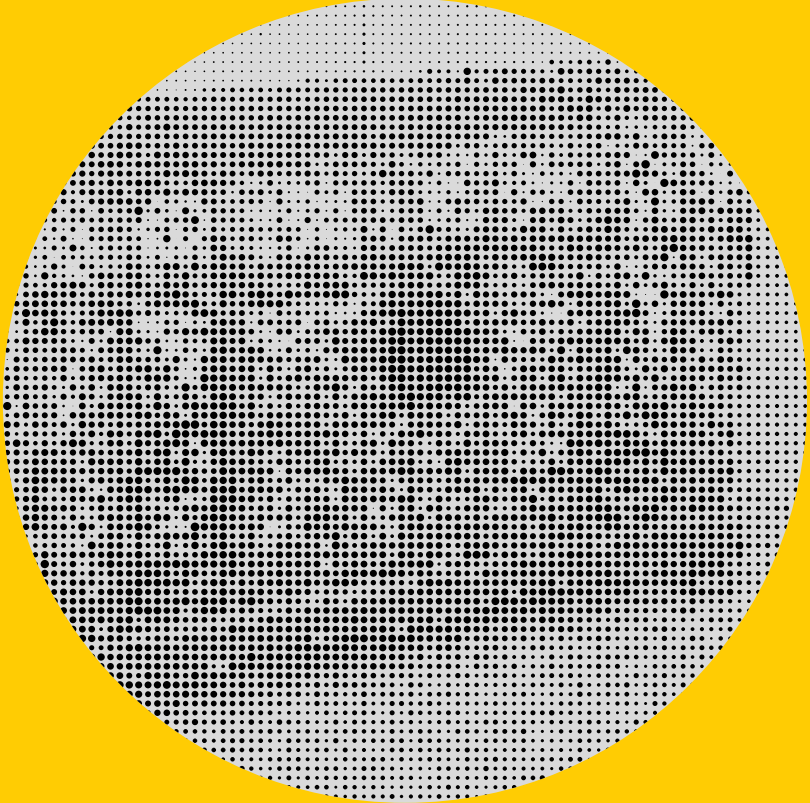
¿Qué es la libertad?
Mi opinión, ¿y mi opinión?
Mi libre expresión.

Tengo miedo de perder mis manos,
de perder mi inteligencia.
Tengo miedo de vender mi lengua,
pero dispuesto por la libertad.

Duro es el camino que lleva a la libertad;
las heridas, incurables,
el sufrimiento, inolvidable.
Sólo sé que vale la pena recorrerlo.

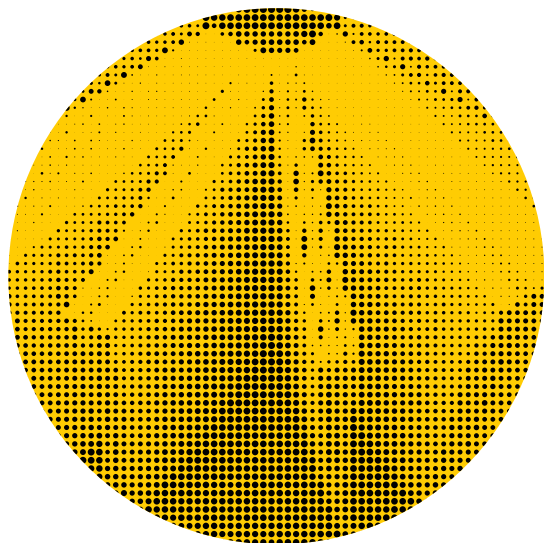
¿Qué es la libertad?
Es hablar lo que se piensa,
decir sí o no cuando es necesario.
La libertad es sentirse abrigado por la ley.
Es respetar a los demás.

¡Quiero ser libre!



EL BAÚL DE LOS RECUERDOS

Juan José ERÍA ITOJI



EL BAÚL DE LOS RECUERDOS

I

Se despertó una mañana y se dirigió al lavabo a cepillarse los dientes; pero, una vez ahí, no reconoció ningún objeto suyo. Todo le parecía extraño, incluso la casa en la que estaba. Se cepilló de todos modos y se dispuso a vestirse. Tampoco encontraba sus ropas; y es más, llevaba una bata azul marino y tenía esparadrapos en ambos brazos. Por lo visto, habían estado suministrándole sueros. Cuando regresaba pensativo a su cuarto, entró una enfermera a darle los buenos días.

- Buenos días, joven –le dijo sonriendo la enfermera- ¿Cómo se encuentra hoy? Me alegro de que, por fin, se haya despertado.

- Estoy muy bien –respondió él- ¿Quién es usted?

- Soy enfermera –respondió ella-, “su” enfermera, vamos, en estos últimos años.

- ¿Cómo dice? –inquirió el joven-. ¿Cómo que en estos últimos años? Se habrá equivocado, porque debo haber pasado aquí la noche sin darme cuenta. Creo recordar que ayer entré en mi cuarto, y por eso me extraña haberme despertado aquí.

- ¿Ayer, dice? –sonrió la enfermera-. No sé qué le habrá ocurrido, pero usted lleva cinco años postrado en esta cama, en estado vegetativo. Era impensable que lograría despertarse alguna vez.

- ¿Cinco años? No es posible –se sorprendió el joven-. No lo recuerdo muy bien. Bueno, no recuerdo casi nada; pero, aun así, lo que dice usted es imposible.

- ¡Ojalá tuviera usted razón, joven! –Repuso la enfermera-. Verá, alguien lo encontró tirado por ahí, inconsciente y todo magullado; al parecer, lo habían asaltado y no llevaba nada encima. Estuvo ingresado durante un tiempo en otro hospital y, más tarde, decidieron trasladarlo acá, al hospital de la Caridad, y aquí ha estado todo este tiempo. Hemos enviado su foto a todos los periódicos y revistas, incluso a la televisión; pero nadie se ha presentado para reconocerlo.

El joven se quedó triste y desconcertado. No podía ser cierta toda aquella historia. Debía de haber algún error. Tenía parientes, unos abuelos tal vez, puesto que no recordaba nada. Hizo un gran esfuerzo por recordar, solamente veía neblina en sus pensamientos y oía voces que le hablaban, pero no eran claras. Trató de distinguir los rostros de aquellas voces, se veían borrosos. Siguió esforzándose por identificar algo, todo fue inútil.

- ¿Cómo se llama usted? –le interrumpió la voz de la enfermera.

- Pues soy.... –comenzó a decir el joven-. Soy... soy...

- ¿No lo recuerda? –le preguntó de nuevo la enfermera.

- En realidad, no –dijo el joven-. ¡Ni siquiera recuerdo mi nombre! No recuerdo nada.

- Lo comprendo –se compadeció la enfermera-. Dado el estado en que llegó aquí y su posterior postración, es normal que no recuerde nada. De todos modos, todavía puede quedarse unas semanas más. Ya no está enfermo; mientras trata de recuperar su memoria, puede quedarse aquí. Sólo por dos semanas; después, tendrá que buscarse la vida en otra parte. Buena suerte.

El joven se dejó caer sobre la cama. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Quiénes lo atacaron? ¿Quién lo llevó a ese lugar? ¿Dónde vivía? ¿Quiénes eran sus padres y cómo es que no habían venido a por él en todo este tiempo? ¿Quién era? Eran demasiadas preguntas para contestar en un solo día o en unas horas. Por lo cual decidió salir a la calle, a dar una vuelta; tal vez reconocería a alguien o alguien le reconocería a él.

Recorrió todas las calles que pudo. Se detenía ante cualquier bocacalle o callejón a ver si algo o alguien le resultaba familiar. Miraba las tiendas, las mansiones, los barrios pobres y ricos, y donde

quiera que circularan o residieran personas; pero nada ni nadie le era familiar. Ya cansado, se sentó en un banco de la plaza y se puso a observar a los pájaros, a los niños y a las parejas que pasaban a su lado. No identificó ninguna cara conocida.

“Es inútil e increíble al mismo tiempo -pensaba en sus adentros-. Parece que soy un extraterrestre que acaba de aterrizar. No es posible que nadie me reconozca. Yo vivía aquí (eso creo); tenía amigos, familia y colegas. ¿Cómo es posible que todo eso se haya esfumado en tan solo cinco años? ¿Habrá caído otro diluvio universal? ¿Habrá habido una guerra o peste que haya acabado con mi mundo?”

El joven siguió reflexionando hasta que se dio cuenta de que le dolía la cabeza y tenía mucha hambre. Entonces decidió regresar a la única casa que conocía: el hospital.

Una vez ahí, le dieron de comer y se fue a descansar; aunque no pudo dormir, porque su situación le atenazaba el cerebro.

“De todos modos -pensó-, todavía tengo quince días para recuperar la memoria de mi pasado, o para inventarme una nueva vida”.

Desde entonces se dedicó a recorrer la ciudad todos los días, cambiando de calles, de barrios, llegando incluso a los pueblos más cercanos; pero todo fue inútil.

Pasaron los quince días y la enfermera le comunicó que la Directora {del hospital} quería verlo. Se dirigió como un autómatas al despacho de ésta, sabiendo, de antemano, la desagradable noticia que iba a recibir. La encontró sentada, ojeando unos papeles; y ésta, sin mirarlo, lo invitó a sentarse.

- Jovencito -comenzó la Directora sin dejar de ojear los papeles-, su situación es muy compleja. No sé por dónde empezar; no obstante, tendrá que entenderlo.

La Directora metió los papeles en una carpeta, se levantó de la silla y observó al joven a través de sus lentes. El muchacho estaba pálido y asustado. No dejaba de mirar a la Directora a los ojos, como si tratase de recordar su rostro. Era una mujer adulta, de unos cuarenta años, aproximadamente, alta y delgada. Vestía un traje de chaqueta gris, bastante ajustada a su cuerpo, excepto la chaquetilla que llevaba abierta. Era guapa y de tez morena, casi roja. Tenía una nariz respingona y unos ojos marrones; su caminar por el despacho era cuidadoso. Parecía que no quisiera lastimar las baldosas con sus tacones de cinco centímetros. Se detuvo ante la ventana y, sin volverse, le dijo al joven:

- Quiero que sepa que nos alegra mucho que se haya recuperado; aunque debo decirle que ya habíamos perdido las esperanzas respecto a usted. Ha sido un milagro. Y, volviendo a nuestro tema, lamento decirle que han pasado los quince días reglamentarios de la permanencia en nuestro hospital, una vez que se haya recuperado un paciente. Reconozco que su caso es complicado; pero debe irse porque hay muchos lisiados y mendigos que necesitan el espacio que usted ocupa ahora. Todavía es joven y puede conseguir trabajo en cualquier parte.

- Muchas gracias, doctora -se atrevió a musitar el joven-. Han hecho mucho por mí y es lógico que continúe mi ciclo vital. No puedo abusar de su hospitalidad, tras haberme devuelto el mayor regalo que cualquiera se merece, la vida, y de forma gratuita.

- Me alegra que lo haya entendido. Hemos revisado todos los expedientes del hospital por si encontrábamos alguna información, algún detalle sobre usted, pero todo ha sido en vano. Le deseo mucha suerte en todo y que le vaya bien.

El joven se le quedó mirando como si esperase algo más de ella; entonces le preguntó la Directora:

- ¿Qué piensa hacer?

- Sinceramente, no lo sé –respondió casi desesperado-. Es todo tan extraño que parece que no pertenezco a este país, ni a este mundo.

- No se desespere –le consoló la Directora-. Supongo que debe de ser duro no recordar nada. Sin embargo, las amnesias no son eternas. Bastará con que se encuentre en un ambiente tranquilo y conocido, si es posible, y su cerebro reaccionará como un ordenador.

- Gracias por todo, señora –le dijo-. Buscaré ese lugar que dice y a ver cómo reacciona mi cerebro.

- Si le sirve de algo –comenzó a decir la Directora-, hemos tenido otros casos de amnesia severa como el suyo y acabaron resolviéndose. Hay hospitales especializados para estos casos, aunque para ello tendría que trasladarse a la capital.

- Y para ello tendría que tener también mucho dinero –añadió él-. Haré lo que pueda.

- Que tenga suerte –concluyó la Directora.

Dicho esto, la Directora se sentó de nuevo y siguió consultando otros documentos. El joven se levantó y se fue despacito hacia la puerta. Entonces la Directora levantó la vista y lo observó. Le daba mucha pena aquel muchacho. Tendría alrededor de treinta años y no recordaba ni siquiera su nombre. ¿Cómo podrá arreglárselas en lo sucesivo? Sólo el Creador lo sabía.

Entretanto, el joven salió del hospital y se fue caminando sin rumbo alguno, hasta que, cansado, se sentó en un banco y decidió replantearse su futuro: ¿Qué haría? ¿Cómo sobreviviría? Estaba claro que no lo sabía, y mucho más claro aún, que nadie lo conocía en aquella ciudad ni en los pueblos vecinos y, por ende, no esperaba ayuda alguna. Llegó la noche y se quedó dormido en aquel banco, después de comer los buñuelos que le había preparado aquella enfermera. No tenía adónde ir.

II

Se despertó a medianoche. Hacía mucho frío y solo llevaba puesto unos pantalones de tejido popó, una camiseta del mismo género y unas sandalias viejas que le habían regalado en el hospital. Se dirigió a un edificio cercano y encontró cobijo entre unos bultos de plástico, junto a unos contenedores de basura. El lugar olía horrible, pero le proporcionaba calor y eso era todo lo que necesitaba en aquel momento. No tardó en dormirse de nuevo.

Al día siguiente, se levantó muy temprano. No había amanecido aún del todo, pero tenía un hambre feroz. Daría lo que fuese por degustar el café y los bocatas que repartían en el hospital; desgraciadamente, no podía regresar ahí, al menos por un tiempo. Así que, lo primero que hizo fue colarse en el primer restaurante senegalés que encontró abierto.

- Buenos días, masa –le saludó el mesero- ¿Qué quiere para desayunar?

- Café completo –respondió sin mirarle a la cara, porque temía que el mesero se fijara en él.

- Enseguida, masa –respondió este

En poco tiempo le trajeron el desayuno, que consistía en dos bocadillos de mortadela y una taza grande de café con leche. Empezó a comer muy despacio, mientras esperaba que entrasen otros clientes. No tardó en entrar un grupo de jóvenes ruidosos y hambrientos que tuvieron ocupado al mesero con encargos, preguntas e intercambio de opiniones. Cuando este acabó de apuntar los encargos y se volvió a la mesa de nuestro protagonista para saber si necesitaba otra cosa (agua, algún refresco o cerveza, etc.), sólo encontró la taza de café vacía.

- ¡Nos han robado! –se puso a gritar, llamando al cocinero-. Nos han robado. El joven de esta mesa se ha ido sin pagar. Esto da mala suerte, porque era el primer cliente del día.

Siguió mascullando otras palabras ininteligibles en su idioma y los jóvenes dejaron de prestarle atención; además, le exigieron que se diese prisa, porque tenían que llegar puntuales al puerto para ver si conseguían algún destajo aquella mañana.

Nuestro joven se había alejado lo máximo posible, para que no lo encontraran, por si acaso. Después se sentó a la sombra de un arbusto y se puso a meditar. Debía encontrar trabajo como sea. Aquella mañana había tenido suerte; pero algún día acabaría en la cárcel. Se levantó y continuó caminando hacia ninguna parte.

Pasó por casualidad delante de un taller mecánico y se le ocurrió probar ahí. Entró decidido y se dirigió a la pequeña oficina a pedir trabajo.

- Buenos días, señor –saludó al gerente.

- Muy buenos días –contestó este-. ¿En qué puedo servirte?

- Pues, verá –comenzó a decir el joven- necesito trabajo y he pensado que usted podría ayudarme.

- No veo en qué –contestó el gerente observándole detenidamente-. Pareces un hijo de papá y no creo que conozcas el color del aceite de motor.

- Las cosas nunca son lo que parecen- respondió el joven-. Soy huérfano y necesito trabajar para ganarme la vida dignamente.

- Muy bien pensado, muchacho -aprobó el gerente-. Por tu pinta, te pondré de ayudante e irás aprendiendo a tu velocidad. ¿Qué sabes hacer?

- No lo sé- respondió el joven-; pero estoy dispuesto a aprender lo que sea, con tal de ganarme el sustento.

- Vale -concluyó el señor-. Me anima tu optimismo y disponibilidad, por lo que te pondré a prueba durante tres meses y para entonces, te contrataré, si no hay otra inconveniencia. Puedes empezar hoy. Solo debes entregarme una copia de tu DNI y estará todo listo.

El joven, que ya veía la luz al final de su túnel, sintió de pronto que caía en el abismo. Se había levantado una torre ante él. Era la Torre de Babel, y era imposible llegar al otro lado.

- No tengo DNI –alcanzó a decir.

- No pasa nada –contestó el gerente-. Tienes un par de días para encargarlo, y con el resguardo puedes empezar a trabajar.

- ¿Dónde puedo encargarlo? –preguntó el joven.

El hombre le miró receloso. ¿Cómo se atrevía a preguntar algo así un joven de su edad? ¿No sería un delincuente o un criminal? Comenzó a desconfiar; sin embargo, decidió darle una oportunidad por lástima.

- ¿Dónde crees que se emitirá un DNI? ¿En un hospital, si acaso? Ve al Centro de Identificación Nacional y encarga uno –le dijo-. Tienes tres días; pasados los cuales, perderás tu plaza. Y no regreses sin tu resguardo. En mi taller no contrato a indocumentados. ¿Quién sabe si eres un delincuente, un asesino en serie o un maniaco sexual que se esconde de la policía? Nadie a tu edad anda sin documentos en este país.

- Está bien, señor –le cortó el joven-. En tres días estaré de vuelta porque me interesa este puesto.

Salíó del taller y se fue rumbo hacia el Centro de Identificación. Preguntó a unas cuantas personas y después de varias horas de camino llegó ante el edificio.

Era un edificio de diez pisos, forrado con baldosas y cristales en las ventanas y puertas, todas protegidas con grandes barrotes de hierro. Entró y se dirigió a la recepción:

- Buenas tardes, señora- saludó cortésmente a la mujer que estaba allí.

- Señorita –rectificó ella-. ¿Qué desea?

- Deseo obtener un DNI, señorita –dijo él.

- Pues suba al cuarto piso y diríjase a la sección de Emisión de Documentos. Puede coger el ascensor.

- Muchas gracias –respondió el joven- y cogió el ascensor.

Al llegar al cuarto piso, fue hacia la puerta indicada, tocó suavemente, entró y saludó:

- Buenas tardes, señorita –dijo, mirando a la joven que estaba sentada detrás de la mesa.

- Señora –corrigió ella-. Estoy casada y no me gusta que los hombres me traten de señorita.

Detesto sus piropos indiscretos.

- Perdone, señora –dijo el joven-. He venido a solicitar un DNI. Lo necesito para conseguir trabajo en un taller mecánico que encontré por ahí.

- No me cuentes tu vida –le espetó la joven-. Veamos, ¿qué documentos traes?

- ¿Documentos? –preguntó el joven-; pero, si estoy aquí es porque los necesito. Si los tuviera no habría venido.

- De acuerdo –respondió ella, sin prestarle atención-. Debes traer una copia de tu partida de bautismo o el extracto de tu acta de nacimiento y un certificado del jefe de tu comunidad de vecinos.

- Está bien –contestó, ya desanimado-. Mañana los traeré.

Hizo ademán de levantarse para irse, y la joven le detuvo:

- Espera –le dijo-. Veamos, ¿a qué has venido? Porque no es lo mismo solicitar un DNI que renovarlo. Si pretendes renovar, sólo tienes que entregar dos fotos tamaño carné y el número o la copia de tu antiguo DNI.

- ¿Y, si pretendo solicitar uno, porque nunca lo haya tenido? –preguntó él.

- Muy difícil –respondió ella-. A tu edad, ya deberías tener uno. En caso contrario, calcularíamos el tiempo que ha transcurrido.

- Explíquese, por favor -pidió el joven.

- Muy sencillo –continuó ella-. Aquí se solicita el DNI a los dieciocho años. Pasada esta edad, habrá que calcular los meses de diferencia entre los dieciocho y tu edad actual (años y meses multiplicados) por dos mil (2000) francos, que es la multa que se impone por cada mes que pasa después de cumplidos los dieciocho .

El joven no dijo nada. Se quedó petrificado. No podía conseguir tanto dinero; por lo demás, estaba atardeciendo y ya tenía hambre.

- O bien -añadió la joven-, puedes presentar el pasaporte y te haremos el DNI; en tal caso sólo tendrás que pagar cinco mil francos.

El joven seguía callado. En tan solo unos minutos había oído tantos nombres raros de documentos y cifras de dinero que ni siquiera soñaba tener en el futuro, a juzgar por la vida que llevaba actualmente.

- Volveré –dijo el joven y se alejó de aquel lugar.

Pasó junto a un orfanato y, cuando vio que había personas trabajando con las monjas, solicitó que lo admitieran. No quería dinero, tan sólo deseaba tener algo para comer todos los días. Eso le bastaba. Las monjas igualmente comenzaron con el mismo interrogatorio: el DNI, el extracto del acta de nacimiento, la partida de bautismo, etcétera. Finalmente, decidió ir a la parroquia, a solicitar una partida de bautismo; al fin y al cabo, era hijo de Dios y la Iglesia no podía negarle ese derecho.

- Buenas noches, padre –saludó al capellán-. Por favor, necesito una partida de bautismo.

- No hay ningún problema. Sólo tienes que decirme tu nombre, los apellidos y la fecha en que

te bautizaron (el día, el mes y el año); o bien, el número del libro de registro y/o del folio.

Ahora se daba cuenta el joven de que había olvidado lo más importante: su nombre. Y puesto que no lo recordaba, habría aprovechado el día en inventarse uno; a estas alturas ya tendría algo con que empezar.

- No recuerdo mi nombre, padre. No recuerdo nada sobre mí. Solo sé que estoy aquí y que necesito sobrevivir –contestó él.

- Muy mal –repuso el capellán-. Muy mal, porque así no sé qué puedo hacer por ti.

- Bueno, ¿no podría bautizarme ahora y así comenzaría desde cero? –preguntó él.

- ¿Bautizarte? –dijo el cura-. No es posible, ya eres mayor. Treinta años te daría. Además, ¿qué nombre te pondría? Tienes que presentarme tu extracto del acta de nacimiento, cuando menos, el certificado de nacimiento del hospital; porque tú y yo estamos de acuerdo en que naciste en alguna parte, ¿verdad?

- Ya estamos otra vez con lo mismo –se quejó el joven-. Todo el mundo me pide lo mismo.

- Lo siento –se excusó el cura-; pero, para que la Iglesia te reconozca, el mundo debe saber que has nacido y tu patria reconocer que vives. Si no puedes demostrar que existes, ¿cómo podrá la Iglesia reconocer tu alma? Porque aquí sólo velamos por las almas de las personas.

- Estoy vivo y necesito sobrevivir –insistió el muchacho-. ¿De qué me sirve que vele usted por el bien de mi alma, cuando mi cuerpo sufre?

- No te falta la razón –reconoció el cura-; pese a ello, la Iglesia administra los sacramentos en base a datos reales. No puedo inventarte una partida con datos falsos. No estaría bien desde ningún punto de vista.

- Sí, pero seguimos con lo mismo –se quejó el joven-. ¿Se da usted cuenta de que si me niega la partida de bautismo es igual que negarme la vida? No podré conseguir nada por ahí y me moriré de hambre.

- No sólo del pan vive el hombre –atajó el cura.

- Vaya, se está usted luciendo, padre –dijo el joven con sarcasmo-; sin embargo, olvida que sin el pan no podemos vivir. Y, en mi caso particular, que esta frase no solamente es literal sino que también está en juego mi supervivencia

- Veamos –dijo quedo el cura-. No tienes ni nombre ni apellidos, ni ningún documento que acredite que naciste alguna vez o en alguna parte. ¿Cómo puedes, pues, demostrar que existes?

- ¿Cómo que no puedo demostrar que existo? –insistió el joven-. ¿Acaso no basta mi presencia aquí? ¿O va usted a negar que soy tangible?

- No lo sé –se excusó el cura-, tampoco puedo negarlo. Pero, entiéndeme, no puedo extenderte una partida de bautismo así sin más.... Está bien, dime el nombre de tus padres y veré qué puedo hacer.

- No lo recuerdo. No recuerdo absolutamente nada –respondió el joven-. ¿No se lo dije desde el principio?

- Si no recuerdas nada, luego no existes, muchacho –sentenció el cura-. Así que, nada puedo hacer por ti. Son demasiados los datos que tendría que inventar y eso sería pecado. El bautismo sirve para purificar el alma, no para mancharnos de pecado. Las mentiras son pecado. Y no me digas que tampoco recuerdas el octavo mandamiento.

- No lo recuerdo, padre –se excusó el joven.

- ¡No lo recuerdas! Entonces yo tampoco recuerdo haberte visto hoy por aquí. Lo siento, pero tienes que marcharte. Tengo muchas cosas que hacer –concluyó el cura.

El joven abandonó el lugar. No podía creerlo: hasta la Iglesia le había dado la espalda negándose a ayudarlo. ¿Dónde quedaban, pues, tantas buenas palabras y los sermones? ¿Dónde estaba la caridad? ¿Cómo la Iglesia podía ser selectiva? ¿Acaso Dios escogía de entre la multitud basándose en los recuerdos de cada uno? ¿No eran más importantes la conciencia y la buena fe de las personas? A decir verdad, no era justo que lo abandonaran a su suerte por el hecho de que no tuviese conciencia de nada.

III

Una mañana, mientras el cura celebraba la misa, entró nuestro joven y, a la hora de las ofrendas, fue recogiendo todas las que estuvieron a su alcance. Los fieles pensaban que era un ayudante de los monaguillos. Después de recorrer toda la capilla, salió fuera con todo lo que había recaudado, ante el asombro del sacerdote y de los fieles. Esta escena se repitió varios días, de manera intermitente, y nadie pudo evitarla.

Unas semanas después, considerando que ya tenía dinero suficiente para alquilar una habitación, así lo hizo. Encontró un cuarto en un barrio pobre, un cuchitril; eso se le antojaba una mansión, al poner fin a su vida errabunda en la intemperie. A pesar de ello, siguió “visitando” de vez en cuando otras iglesias. No le importaba que fuesen protestantes o sectas (evangélicas, pentecostales,...) le bastaba con recolectar una pequeña cantidad de dinero para sobrevivir. Hasta que, un día, los pastores decidieron poner coto a sus latrocinios, colocando guardianes en sus portales para impedirle el paso.

“Vaya – se dijo el joven- hasta en la iglesia ya ponen guardianes. Pensaba que eso sólo ocurría en las discotecas, hoteles y las mansiones de los grandes señores. No importa, encontraré otro modo para seguir adelante”.

Un buen día, descubrió que podía asistir a las fiestas que se celebraban por doquier: cumpleaños, bautizos, bodas, velatorios, etc., y se convirtió en un “vigilante” de eventos. Ahí podía conseguir no solo provisiones para abastecer su casa, sino también el almuerzo y la cena gratis. Bien poco duró su alegría; pues, con el tiempo, la gente empezó a preparar invitaciones para esos eventos y nuestro protagonista se quedó con las ganas. Con todo, ya tenía un pequeño almacén con provisiones para aguantar un buen tiempo.

Una madrugada, oyó ruido de pelea y golpes en la casa de su vecino o vecina. En realidad, no sabía quién o quiénes vivían a su alrededor. Se había volcado tanto en la busca de su subsistencia que ni siquiera había vuelto a pensar en inventarse un nombre ni en reconstruirse un pasado; y, por ende, tampoco se había interesado en conocer a nadie. Pero aquel ruido era insistente e insoportable, de tal modo que decidió tocar a la puerta, para ver si podía ayudar en algo.

- ¿Quién es? –preguntó una voz femenina.
- Soy yo, tu vecino de al lado –respondió él-. ¿Necesitas ayuda?
- No. Puedes marcharte –dijo la voz femenina-. Estoy bien.
- Vale –contestó él y se retiró.

Al día siguiente, llamaron a su puerta. Al principio, no pensaba responder porque no conocía a nadie; además, podría tratarse de la policía, dada la vida dudosa que había llevado últimamente. Entonces, decidió no contestar ni abrir la puerta.

- Sé que estás allí –le gritó una voz muy parecida a la de su vecina-. Soy tu vecina y quería conocerte.

- No soy nada interesante –respondió desde dentro-. Acaba de amanecer y necesito descansar aún.

- ¿Acaba de amanecer? –se rió la chica-. Son las doce y me extraña que todavía sigas durmiendo con el calor que hace. Abre la puerta. No voy a hacerte daño.

Abrió la puerta y se encontró con una joven de su edad (pocos años menos). Era alta, morena y guapa, y tenía una sonrisa electrizante.

- Hola –le saludó la joven.

- Hola –contestó-. ¿Qué tal?

- Estoy bien, gracias –respondió ella-. Anoche golpeaste a mi puerta y hoy decidí conocerte. Llevas un mes viviendo aquí y nunca nos habíamos cruzado.

- ¡Ah! –exclamó él-, me alegro. ¿A qué se debía el escándalo de esta mañana?

- A nada –respondió ella-. Había tenido un mal día, encima, mi luz se fue a medianoche y no encontraba nada que alumbrara. Tropecé, me caí y recibí un golpe en la cabeza. Por eso me cabree y empecé a aporrear lo primero que encontré a mi alcance.

- Vaya; así que, cuando te enfadas, rompes cosas. Muy interesante –sonrió.

Estuvieron juntos todo el día y la joven lo invitó a comer. Después, fueron a dar un paseo por la ciudad; en la plaza se sentaron en algún banco y se pusieron a hablar de muchas cosas.

“Es curioso –pensó el joven-; aquí me senté el primer día que salí del hospital, tratando de reconocer a alguien o esperando que alguien me reconozca, sin saludar a nadie. Resulta divertido sentarme de nuevo aquí con la primera persona que conozco. ¿Cuántos meses llevo viviendo aquí?”

No lo recordaba. De pronto, se dio cuenta de que todavía seguía sin nombre y que, por ello, no había preguntado a la chica por el suyo. No podía inventarse un nombre. Lo pensaría aquella noche y, al día siguiente, conocería también el nombre de aquella hermosa chica.

Se levantó de repente, con la excusa de que tenía trabajo; se despidió de la joven y prometió que se verían al día siguiente. Se marchó tan deprisa que dio la sensación de que huía. Ella estaba atónita, pero no dijo nada.

Aquella noche decidió llamarse Frank, después de haber tanteado otros nombres. Sí, Frank le gustaba y así se llamaría hasta que se demuestre lo contrario. Después de todo, tardaría mucho tiempo en encontrarse a sí mismo; dado que nadie lo había encontrado en cinco años.

A la mañana siguiente, salió temprano a explorar algunos pueblos lejanos de la ciudad y regresó a media tarde, exhausto y desanimado; pues, su paseo había sido inútil. Definitivamente, no pertenecía al mundo en que se encontraba. Cuando seguía todavía enfrascado en sus problemas, le saludó la chica:

- Hola; te veo muy desanimado, ¿qué te ha pasado?

- Nada especial –respondió él-. Solo que he tenido un mal día. Menos mal que mejorará ahora que te he visto.

- ¿Cómo lo sabes? –inquirió ella.

- Porque a tu lado se respira mucha tranquilidad –contestó Frank.

- Gracias.

- Ejem, ejem –tosió el joven-. Hemos hablado de todo, pero aún no me has dicho tu nombre.

- ¡Vaya! –exclamó ella-. Me llamo Claudia, y ¿tú?

- Frank –contestó rápidamente, como si quisiera cambiar de tema-. Oye, ¿has observado que solo llevamos un par de veces charlando y parece que nos conocemos de toda la vida?

- Es verdad –dijo ella-, y eso que llevamos más de un mes codeándonos sin siquiera presentarnos una sola vez.

- Bueno, lo más importante es que ya nos conocemos. ¿Qué te parece si damos una vuelta por ahí y luego nos sentamos a cenar en alguna parte? –preguntó él.

- Vale –dijo Claudia-. Dame media hora para que me arregle.

- Una hora, si lo necesitas –respondió Frank-. No tengo prisa. Supongo que tengo una vida por delante.

- ¿Acaso lo dudas? –preguntó ella-. Todavía eres muy joven.

- Tienes razón –aceptó Frank-. Pero en la vida nunca se sabe.

Tres cuartos de hora más tarde, fueron pelando la pava mientras caminaban sin rumbo concreto. El joven no quería que siguieran hablando de “conocerse”, puesto que él no existía, según las palabras del cura, y no quería que la chica llegara también a esas conclusiones. Por otra parte, aunque quisiera, no podía inventarse apellidos sin lastimar u ofender a alguna familia cercana o lejana. Nadie lo conocía, y no podía crear parentescos al azar. Tarde o temprano las mentiras sobre sus verdaderas raíces (si las tenía) saldrían a la luz. Eso le ayudaría a descubrir, por fin, quién era; pero, el daño que haría a terceros, no tendría remedio.

“Más vale prevenir que curar –pensó-. Si no cuento nada sobre lo que no sé, no lastimaré a nadie”.

- ¿En qué piensas? –le interrogó la chica-. Porque te noto triste cada vez que te callas.

- Pues... -empezó a decir-, pensaba que eres una chica muy guapa y es increíble que no te hubiese visto antes. A pesar de que compartimos la misma pared.

- Tienes razón –dijo Claudia-. Pero no soy tan guapa como dices; por otra parte, trabajo hasta muy tarde y casi nunca estoy en casa. En cuanto a ti, nunca se sabía si estabas o no en casa.

- Es verdad –dijo Frank-. Era como si no existiera.

- ¡Claro que existes! –exclamó Claudia-. Y ahora que te conozco, no eres tan antipático como parecías.

Siguieron charlando hasta llegar a un local donde cenaron. Después se fueron a sus respectivas casas.

- Buenas noches –deseó Frank, mientras le daba un beso en la frente-. Ha sido una velada muy especial.

- Que sueñes con angelitos –susurró ella-. También he disfrutado mucho de la velada.

Pasaron un par de días y cada uno seguía con su vida. El joven había empezado a realizar destajos en el puerto de la ciudad; descargaba camiones que transportaban cemento, bebidas o sacos de alimentos y se ganaba algún dinerillo. Decidió ahorrar algo para comprarle un regalo a Claudia y para materializar otros planes que tenía en la cabeza. Entretanto, Claudia seguía pendiente de él. Era secretaria y trabajaba en una pequeña agencia de seguros. Al principio se veían muy poco, pero cada vez fue muy a menudo y, de este modo, saltó la chispa. No se sabe en quién; quizá en ambos a la vez sin que lo supieran.

IV

- Tengo que irme al pueblo –le dijo un día Claudia, muy triste.

- ¿Qué ha pasado? –preguntó Frank preocupado.

- Ha muerto mi abuela. Estábamos muy unidas, crecí junto a ella –le respondió Claudia.

- Me voy contigo –dijo él, decidido-. Pediré permiso en el trabajo. Supongo que un par de días serán suficientes.

- No es necesario –repuso ella-. No quiero que pierdas tu trabajo.

- Y yo no quiero perder a mi novia –bromeó Frank-. Además, si no te acompaño en momentos como este, ¿en cuáles te acompañaré?

- Vale –aceptó Claudia-. Gracias por ser tan bueno conmigo.

- Es que te quiero –sentenció él-.

A la mañana siguiente salieron muy temprano hacia el pueblo de la chica. Tras recorrer varios kilómetros en autobús, llegaron a un pequeño pueblo situado a lo alto de una colina. Estaba formado por diez o doce casas. La población era vieja, apenas se divisaba un par de niños correteando por la calle.

- Aquella es nuestra casa –le indicó de pronto Claudia.

Bajaron del autobús y fueron caminando hacia la casa. Mientras tanto, nuestro joven fue observando su entorno, por si hallaba algún indicio de su pasado, pero todo le parecía completamente extraño.

- Te has vuelto a quedar callado –le dijo Claudia-. ¿En qué piensas?

- En nada. Solo estaba observando tu pueblo –contestó Frank-. Me parece coqueto y bonito.

Entonces pensó que tal vez había sido muy imprudente acompañar a su novia; aunque, por otro lado, reconocía que era su deber. Había muchos peligros que sortear y, en este caso, se había expuesto demasiado. Sus futuros suegros podrían hacerle preguntas sobre sus congéneres y estaba claro que no tenía una respuesta convincente ni para sí mismo.

“Bueno –pensó-, si eso ocurriese, echaré mano del primer apellido que encuentre. Por lo pronto, evitaré que me presten mucha atención”.

Llegaron a la casa de Claudia. Era una casa de una sola planta, con sótano. Tenía cinco dormitorios, un comedor bastante grande y una terraza. Detrás de la casa había otra casita, compuesta de dos estancias, una cocina y la despensa, que también tenía sótano o almacén. La casa era de madera, pintada de color verde; el zócalo era de cemento, pintado de negro, con piedras incrustadas, pintadas de blanco. De allí salieron corriendo dos muchachitos de cabello rizado y negruzco y de alrededor de nueve años a abrazar a Claudia. Eran gemelos.

- Hola Sara –dijeron a la vez-. Hemos tenido que “matar” a la abuela para que vengas a visitarnos.

- ¿Sara? –preguntó Frank-. Pensé que te llamabas Claudia.

- Es mi nombre de pila –aclaró ella-. Así me conocen aquí.

- ¡Ah!, también me gusta.

- Lo siento, campeones –se excusó Claudia, refiriéndose a sus hermanos-. Es que tengo mucho trabajo en la ciudad. Os prometo que cuando me den vacaciones vendré a pasar todos mis días con vosotros.

- ¿Cuándo te darán las vacaciones? –preguntó uno.

- Dentro de seis meses –contestó ella-. No falta mucho.

- ¡Oh! –exclamó el otro-. Es demasiado tiempo. Casi nunca llegará.

- Eh, Sara –dijo el primero- ¿Quién es tu acompañante?

- Ah, bribones –rió ella-. Habéis hablado tanto que no me habéis dejado tiempo para presentaros.

- Me llamo Frank –dijo él-.

- Yo soy Rodolfo y mi hermano es Adolfo –contestó uno-. Pero puedes llamarnos Rudy y Dolph.

- Mira –dijo Dolph- allí están nuestros padres. Cómo se nota que ha vuelto la princesa al hogar. Todo el mundo viene a recibirla.

- Bienvenida a casa –dijo la madre-. Aunque sea en un mal momento. Tu padre y yo pensábamos visitarte estos días y de pronto ocurrió la desgracia.

- Lástima que no estuviera aquí –se lamentó Claudia- ¿Estaba enferma? Me hubiese gustado despedirme de ella o, al menos, acompañarla en sus últimos momentos. Estábamos muy unidas.

- Lo sé –contestó el padre-. No parecía nada grave, por eso no te avisamos. Lo siento. Sé lo mucho que significaba para ti.

- ¿Quién es el muchacho que te acompaña? –preguntó la madre.

- Se llama Frank y es el novio de Sara –se adelantó Rudy.

- ¡Vaya! –dijo el padre-. No nos dijiste que te habías echado novio.

- Estaba esperando la ocasión para presentarlo –dijo ella tímidamente.

- Pues ya la tienes –se adelantó Rudy-, gracias a la abuela.

- Entremos en casa –concluyó el padre-. Bienvenido, muchacho.

Al entrar, Frank se dio cuenta de que, estando dentro, su impresión sobre la casa era diferente a la que se tenía de ella desde fuera: era más espaciosa y acogedora. La decoración era sencilla y bonita. Se notaba que allí vivía un arquitecto.

Habían acudido otros parientes de la familia, cinco en total y estaban en la antesala charlando sobre sus cosas. Los jóvenes se dirigieron al cuarto de huéspedes donde se alojaría Frank y acomodaron sus cosas. Claudia ocuparía su propia habitación, que se encontraba al otro lado del pasillo. Eran habitaciones muy amplias. La estancia era dos veces más grande que el apartamento de Frank. Los padres de Claudia eran modernos, pero aun así entendían que los chicos debían utilizar cuartos distintos hasta que se casaran. La habitación de los gemelos estaba junto a la de Claudia. Los padres tenían su cuarto al fondo. Después de acomodar sus cosas, fueron a ver el cuerpo sin vida de la abuela. Era una señora de unos noventa años, pero todavía se le veía joven. La habían ataviado con sencillez. Parecía que iba a asistir a una ceremonia, tal vez a sus propios funerales. No parecía estar muerta, sino más bien dormida, así se le antojó a Frank. Estuvo observándola como si se contemplase a sí mismo, solo y abandonado como se sentía entonces. Llegó a envidiar a la vieja, porque había muerto rodeada de sus seres queridos; en cambio él, aun cuando llegara a formar parte de la familia de Claudia, moriría solo y lejos de los suyos y, es posible que ni siquiera se enteren si es que vivían aún. Se puso muy triste y ella lo notó, como siempre.

Más tarde los jóvenes bajaron a comer, avisados por la madre, y se sentaron a la mesa con los demás parientes. Frank ocupó una silla entre Claudia y los gemelos y decidió permanecer en silencio todo el tiempo posible para no llamar la atención. Pensó incluso que en un lugar de algún planeta lejano también se sentaba en la mesa en el pasado con sus parientes, aunque no estaba seguro. No podía entender cómo había olvidado hasta los detalles más importantes o impactantes de su vida. Era incomprensible.

Frank –le interrumpió el padre- te noto muy callado, será porque todavía no nos hemos presentado. Soy Martín Espinos y mi esposa Susana. Éstos son mis hermanos Luís, Melvin y Alba, y aquellos son mis cuñados, Sony y Tristana. A los gemelos ya los conoces. Frank es el novio de Claudia, mi futuro yerno.

- Hola –saludaron todos, a medida que les iba presentando.

- Encantado –contestó Frank.

- ¿A qué te dedicas, Frank? –preguntó el padre.

- Soy almacenista en un supermercado.

- Interesante –respondió el padre-. Supongo que trabajas cerca de la agencia donde trabaja mi hija, ¿verdad?

- No –respondió Frank-. Somos vecinos y así nos conocimos.

- ¿Vecinos? –interrumpió Rudy-. Eso significa que cuando vayamos a visitar a Sara podremos verte también, ¡qué bien!

- No interrumpas, Rudy –le increpó el padre-. No debes hacer eso

- Vamos, papá –se quejó Dolph-. Sólo habláis vosotros y nos ignoráis, como si no existiésemos. Es lo que pasa siempre, ¿verdad, mamá?

- Tienes razón, cariño –reconoció la madre-, pero debes entender que los mayores necesitan hablar a veces de cosas importantes y sin interrupciones.

- Para eso podéis aprovechar la hora del café y otros momentos exclusivamente vuestros –agregó Rudy.

- Está bien muchachos –dijo el padre-. Podéis hablar todo lo que queráis.

Y los muchachos se pusieron a hablar los dos a la vez, como era su costumbre y la de la mayoría de los gemelos, interrogando a cada uno de los comensales. Frank se sintió aliviado. Había estado muy cerca de caer en una trampa mortal y aquellos gemelos le habían salvado el pellejo. Se lo agradeció con su mirada y prometió compensarles aquel favor tan especial que le habían hecho, sin saberlo y de manera gratuita.

Al día siguiente, se celebró el funeral de la abuela. La ceremonia fue muy sencilla. Acudió todo el pueblo. Tanto la abuela como toda la familia eran muy apreciadas en aquel pueblo. Después de los actos fúnebres, los jóvenes dieron una vuelta por el pueblo. Visitaron algunas casas antiguas y un invernadero, luego se sentaron a charlar un buen rato junto a la fuente.

El segundo día de su llegada al pueblo, fueron con los gemelos a visitar el lago, la cascada y un volcán extinto. Llevaron bocatas y helados y estuvieron jugando en la llanura hasta muy tarde. Regresaron a casa exhaustos y se fueron a dormir.

El tercer día, Claudia regresó a la ciudad. Habían acabado sus días de permiso. Los gemelos les acompañaron hasta la estación, que no estaba de la casa.

- Eh, Frank –dijo Rudy-, todos estos días has estado huyendo de nosotros. ¿Tienes hermanos?

Aquella pregunta le cayó a Frank como un bloque de hielo en la cabeza; nunca se la había hecho a sí mismo. Ahora tenía que improvisar una respuesta.

- Pues, no lo sé –respondió sonriente-. Mi nave aterrizó en un hospital y en ella no había datos sobre mi pasado. Tampoco los había en el chip que insertaron en mi cerebro.

- ¡Vaya! –dijo Dolph-. Así que eres un extraterrestre.

- Mmm, sí –bromeó Frank-; vengo de la luna, y cuando me case con vuestra hermana, iremos todos a ver las estrellas tan cerca que podréis tocarlas con vuestras manos.

- ¿De veras? –preguntó Rudy.

- En serio –aseguró Frank.

- ¿Cuándo os casáis? –preguntó impaciente Dolph-. Ya tengo ganas de hacer una colección de estrellas.

- Estos muchachos son terribles, Claudia –dijo él-. Creo que jamás acabará este interrogatorio.

- ¡Anda! –se quejó Dolph-. Todos los adultos sois igual de complicados; cuando no queréis contestar a una pregunta o tenéis dudas, siempre respondéis con evasivas.

- Eres muy listo –exclamó Frank agarrándolo-; ven aquí, listillo. ¿Sabéis? He disfrutado de unas espléndidas vacaciones a vuestro lado. Y no seáis impacientes, todo se irá. Por ahora, disfrutad del paseíto. Mirad, ya llega el autobús.

Mientras tanto, Claudia le había estado observando. Le parecía raro que no hubiese hablado de sus familiares en todo ese tiempo. Y lo que más le sorprendía y alegraba, al mismo tiempo, era

que Frank pensaba casarse con ella. Eso significaba que la relación iba en serio. Además, había caído bien a la familia. Se notaba que se divertía con los gemelos, aunque no había logrado distinguirlos todavía. Y todos se reían, incluso él mismo, cuando se equivocaba a la hora de llamarlos.

- Adiós, Frank—se despidieron los gemelos—. Esperamos que os acordéis de nosotros antes del próximo milenio.

- Claro que sí —dijo Sara—, en un par de meses estaremos correteando por estas llanuras.

- Eso esperamos —contestaron los gemelos—; adiós, Sara.

Entraron en el autobús y, durante el viaje, ella le dijo:

- Frank, me ha parecido divertido tu cuento sobre la nave espacial, pero, ya que nunca me hablas de ti, quisiera saberlo ahora.

- No tengo ni la más mínima idea de nada —dijo él—. Me desperté de un coma profundo en un hospital y me diagnosticaron amnesia severa. De tal modo que estoy tratando de recuperar mi vida pasada y construir mi futuro contigo; por lo menos, lo estoy intentando.

- ¡No me digas! —Se compadeció ella—. Ahora entiendo tu tristeza y tu silencio. Debe de ser muy duro no recordar nada sobre ti ni sobre tus parientes. Afortunadamente mis padres no te han acosado con preguntas, porque habrías estado en un gran aprieto. ¿Qué habrías hecho si eso hubiese sucedido?

- Habría echado mano de mi creatividad para salir del paso

De pronto, la chica se puso seria y triste.

- ¿Te pasa algo? —quiso saber él.

- ¿Por qué no me hablaste de eso antes? —se enfadó ella—. Habría podido apoyarte si hiciera falta. No has confiado en mí, Frank, lo cual significa que no me quieres tanto como dices.

- Claro que te quiero. Resulta complejo, incluso para mí, explicarlo. ¿Cómo puede uno explicar algo que no entiende? Tenía que acompañarte, era lo único que importaba en este momento.

- ¿Y decidiste acompañarme así, sin más? ¡Es hermoso! —exclamó Claudia, rodeándole el cuello con sus brazos.

- ¿El qué? —preguntó Frank.

- Que te hayas arriesgado a acompañarme, a pesar de saber que podrías perderme, si mis padres descubrían tu secreto —dijo ella.

- Tenía que intentarlo —arguyó él—. Me he dado cuenta de que eres demasiado importante para mí, y tenía que superar esta prueba para tener alguna certeza contigo. Y esos gemelos me han hechizado. No pienso renunciar a ti.

- No tendrás que hacerlo —afirmó ella—. Está probado que te importo de veras y no pienso renunciar a ti sólo porque no tengas pasado. Estoy segura de que con el tiempo irás recordando poco a poco. Además, hay hospitales especializados para estos casos.

Frank la besó con toda la pasión que sentía por ella, y esta le correspondió. Llegaron a la ciudad y, como por inercia, cada cual se enfrascó en su trabajo. Prácticamente, no se veían, y así fueron pasando los días.

V

Pocas semanas después, Frank consiguió trabajo de almacenista en un supermercado; ganaba poco, pero comparado con la limosna que recibía en sus destajos en el puerto, aquello era una mina de oro para él. Siguió ahorrando con la esperanza de mejorar su situación con el paso del tiempo. Y

así fue; pues, gracias a su conducta, recibió un aumento; razón por la cual decidió cambiar de apartamento. Había encontrado un pequeño chalet en las afueras. Era de una sola planta, tres habitaciones, cocina, baño y una pequeña piscina en la parte de atrás. No era gran cosa, aparentemente, pero se le antojaba un palacio. El precio era aceptable y, a juzgar por sus planes de casarse con Claudia, ese era el lugar idóneo para empezar.

Claudia, ajena a aquellos planes, estaba ocupada en su trabajo. Ahora trabajaba en una agencia de viajes y cobraba un buen sueldo. Lo que en otro contexto podía suponer un conflicto, el que ella tuviese mejor salario que su novio, eso no le importaba. Es más, le gustaba esta situación, puesto que no tendrá que ponerse en plan protector con ella; en cambio, ella podrá contribuir a la administración del futuro hogar de ambos.

Tenía un jefe bastante fatuo, multimillonario y soltero, atributos que no deben coincidir en un hombre, ya que, como era natural, aquello repercutía en su carácter. Se volvió mandón, presumido e insoportable.

A Claudia le resultaba divertido tratar con él, porque le paraba los pies siempre, a fin de que se diese cuenta de que no era quien se creía. Sin embargo, sus compañeras se aprovechaban, porque al jefe le resultaba halagador.

Una tarde, Frank fue a buscar a Claudia para dar un paseo.

- ¿A dónde me llevas? –preguntó ella.

- Ya lo sabrás cuando lleguemos –respondió él con un tono misterioso.

Llegaron frente a la casa y entraron:

- ¿Quién vive aquí? –preguntó Claudia intrigada- ¿Ya recuerdas algo de tu pasado?

- Tal vez –respondió Frank-. Aquí vive mi esposa.

- ¿Tu esposa? –preguntó de nuevo, preocupada-. Ya sabía yo que esto no podía acabar bien.

Supongo que es el precio que debo pagar por hacerme ilusiones con un amnésico.

Salió corriendo de la casa y empezó a alejarse al borde del llanto. Frank la siguió y la cogió de la mano.

- Perdóname por haberte hecho llorar –le dijo con suavidad-. No esperaba que interpretarías así mis palabras. Tenía que haber dicho que es la casa de mi futura esposa, o sea, tu futura casa.

- ¡Oh, Frank! –exclamó ella-. ¿Por qué no lo dijiste antes?

- Lo siento, quería darte una sorpresa –se excusó Frank-, y casi te hago llorar. Algo que nunca perdonaría.

- No importa –se tranquilizó ella-. Entremos a verla.

- Sí que importa, Sara –insistió él-. Eres muy importante para mí y no soportaría verte llorar. Mucho menos todavía si es por culpa mía.

- Gracias, Frank –dijo ella, arrojándose a su cuello y besándole-. Gracias por quererme tanto.

Entraron juntos a ver la casa y, por la emoción que leía en el rostro de su novia, se dio cuenta de que le gustaba la casa. Recorrieron toda la casa, observando y discutiendo los detalles de su decoración. Cuando terminaron, le preguntó:

- ¿Qué opinas?

- Es preciosa –dijo Claudia-. Estoy segura de que la convertiremos en un hogar perfecto.

- De eso estoy seguro –sonrió Frank-. ¿Ya comiste? Porque tengo un hambre canina. Podríamos comer algo en un lugar que acabo de descubrir antes de regresar a casa.

- Me parece genial –afirmó ella.

Comieron en un lujoso restaurante y luego se retiraron a sus respectivas casas. Ambos estaban seguros de que su relación estaba alcanzando la madurez que necesitaba.

...

- ¿Te quieres casar conmigo? –le preguntó a Claudia una noche, mientras cenaban en un restaurante.
 - No sé qué responderte –contestó ella, sorprendida-. No me lo esperaba tan pronto.
 - Sólo tienes que decirme lo que piensas o lo que sientes –dijo Frank con suavidad, tomándole la mano.

- Pues –fingió ella- me has pillado desprevenida.

El joven casi empezaba a desesperarse, cuando de pronto ella estalló de alegría.

- ¡Claro que sí! –exclamó-. No deseo otra cosa en la vida.

- Entonces, casémonos –concluyó Frank, tras pasar por un apuro-. Será mejor que nos casáramos dos semanas antes de tus vacaciones, así tendremos unas largas vacaciones para disfrutar de nuestro viaje de novios.

- No te parece muy pronto?

- No cuando ambos tenemos claras las ideas y sabemos lo que queremos.

- Tienes razón. Es muy difícil conseguir permisos en mi agencia. Cogeré dos meses de vacaciones y, si no los aprovechamos, tendremos que esperar hasta el próximo año.

- ¿Cuánto tiempo te concederían de permiso si te casases en periodo de trabajo? –preguntó Frank.

- Dos o tres semanas, a lo sumo.

- ¡Qué tacaños! En este caso, será mejor que aprovechemos tus vacaciones –concluyó.

Durante unos meses estuvieron trabajando intensamente y viéndose muy poco. Ella preparó la lista de invitados y él invitó a sus compañeros de trabajo y a sus vecinos, porque no conocía a nadie más. Lejos de aquel barrio, todos le habían tratado con recelo, como si fuera un delincuente. Pidió a Paul, un colega suyo de unos treinta y pocos, con quien había intimado un poco, que lo apadrinara en la boda, porque no tenía familiares. Este aceptó encantado.

...

Una mañana, cuando Claudia se disponía a ir a escoger unos muebles para su nueva casa, golpearon a su puerta:

- ¿Quién es? –preguntó ella desde dentro.

Pero nadie respondía. Golpearon de nuevo a la puerta y fue a abrir. Para su sorpresa, su familia había ido a visitarla.

- ¡Sorpresa! –gritaron los gemelos.

- ¡Mamá! –gritó sorprendida-. Habéis venido hasta aquí sin avisarme.

- Queríamos darte una sorpresa –dijo la madre-. Y lo hemos conseguido.

- ¿Cuál es el motivo? –quiso saber Claudia.

- Se casa nuestra princesa –respondió la madre-. ¿Te parece poco?

- Hemos venido a ayudaros con los preparativos de la boda –dijo el padre-. Faltan tres meses y vamos cortos de tiempo. Con la cantidad de cosas que hay que hacer y la escasez de tiempo que tenéis a causa de vuestro trabajo, una ayuda no os vendría mal.

- Se nota que aquí nunca llegaremos a decir una palabra –se quejó Rudy.

- Así que, Sarita, muéstranos la casa de Frank para que tengamos una charla entre hombres –completó Dolph.

- Ya has oído a tus hermanos –dijo el padre-. Será mejor que obedezcas, o nuestra visita será en vano. Si se ponen a hablar aquí, tu madre y tú podéis olvidaros de vuestros planes.

Salieron los tres hacia la casa de Frank. Cuando llegaron, Claudia golpeó un par de veces.

- ¿Quién va? –preguntó él desde dentro.

- Es la policía –respondió Dolph, fingiendo ser la voz de un adulto-. Hemos venido a detenerle, señor Frank.

Aquella voz le pareció muy conocida a Frank, a pesar de los esfuerzos realizados por el muchacho. Supuso que tenía que ser de algún niño, y los únicos niños que lo conocían eran los gemelos. Pero era difícil pensar que hubiesen venido a la ciudad. Fingiendo estar asustado, les dijo:

- No soy ningún criminal, señores agentes. ¿Traen la orden de arresto?

- Aquí la tenemos –imitó Rudy a su hermano-. Pero tiene que abrir la puerta para que se la mostremos, señor Frank.

Ya no le cabía duda de que eran los gemelos; mas quiso seguir con el juego:

- Si quieren detenerme, tendrán que derribar la puerta, señores agentes. No pienso abrir.

- Dejad de jugar de una vez –les interrumpió Claudia-. Tengo muchas cosas que hacer. Abre la puerta, Frank. Traigo a los gemelos para que te los quedes mientras mamá y yo hacemos la compra.

- Está bien, señora detective. ¡Rudy, Dolph! –exclamó, fingiendo estar sorprendido-. ¡Qué agradable sorpresa veros por aquí!

- Si no quieres que te arrestemos –le advirtió Rudy, siguiendo el juego-, tendrás que identificarnos.

- Bueno, os dejo para que juguéis tranquilamente –dijo Claudia, mientras se alejaba. Volveré a por vosotros a la hora de comer. Frank, mis padres están aquí. Te lo digo para que vayas preparándote.

- No te preocupes, Sarita, nosotros le prepararemos –dijo Rudy.

- Les saludaré más tarde –dijo Frank-. Ahora debo convencer a estos agentes sobre mi inocencia. Están muy serios y, si intento escapar, podrían dispararme.

- Lo entiendo –respondió Claudia-. No me gustaría estar en tu piel. Créeme, lo digo por experiencia.

Cerró la puerta y se quedó jugando con los gemelos. Daban voces y correteaban por toda la casa. Por el ruido que hacían, cualquiera pensaría que en aquella habitación había un montón de niños. Claudia se alejó, sonriendo, mientras pensaba que aquellos muchachos no tenían remedio. Se alegraba de que jugaran juntos. Sus hermanos habían deseado siempre tener a otro hermano con quien jugar y ahora lo habían encontrado. A Claudia le alegraba saber que Frank había encontrado su espacio en la familia. Era cierto que todo aquello podría desmoronarse en cualquier momento, si Frank recuperaba la memoria; pero también lo era que él haría lo imposible por no lastimarla. Sus padres desconocían su secreto, pero se les veía feliz al saber que su hija iba a casarse. No le habían preguntado nada aún a Frank sobre sus parientes, quizá porque esperaban conocerlos en la boda. De cualquier modo, Frank sabía defenderse y ella lo ayudaría porque amaba a aquel muchacho desmemoriado.

Por su parte, a Frank le sorprendía haber reconocido a los gemelos a través de sus voces, y no entendía por qué no lograba recordar nada sobre sí mismo. ¿Cómo era posible que su cerebro hubiese sepultado esa parte de su vida? ¿Cómo podía recordar algunas voces tan sencillas y olvidar lo más importante? ¿Qué traumas habría sufrido en el pasado para que su cerebro se empeñase tanto en no revivirlos? Si había recordado a los gemelos por sus voces, podría recordar igualmente su pasado si

topase con algo relacionado con él. Eso fue lo que le aseguró la directora del hospital, y por eso había recorrido medio país buscándolo sin resultado alguno. ¿Lo encontraría algún día?

Entretanto, Claudia había llegado a su casa y encontró a sus padres esperándola:

- ¿Por qué has tardado tanto? –le preguntó su madre.

- Rudy y Dolph –contestó él.

Los tres se echaron a reír porque imaginaron la que se estaría armando en la casa de Frank.

- Me gusta ese muchacho, Frank –dijo el padre-, pero no sabemos nada de él. Esperaba que hubiese venido contigo para averiguarlo. ¿Qué sabes tú sobre él?

- Es huérfano –mintió Claudia-. Y parece que no tiene familiares en esta ciudad. No conoció a otros parientes de su familia y tiene que arreglárselas para salir adelante solo.

- ¡Vaya, qué pena! –se compadeció la madre-. Debe de ser duro avanzar solo por este mundo sin nadie que te apoye cuando lo necesitas. Se nota que es un chico fuerte y divertido.

- Y nunca estará triste mientras tenga cerca a Rudy y Dolph –añadió Claudia.

- ¡Vaya que sí! –se rió la madre.

Los tres se echaron a reír otra vez

- Voy a dejaros solas para que deis las vueltas que necesitéis –dijo el padre-. Tengo que hacer un par de cosas por ahí antes de volver a casa.

Salieron juntos de casa, mientras el padre se dirigía a buscar las cosas que necesitaba, las mujeres se fueron a realizar los encargos para la boda. Pasaron todo el día entrando y saliendo de las tiendas, las joyerías, etc. Regresaron a media tarde y depositaron lo que habían traído en casa de Claudia. Después fueron a visitar a los chicos y los encontraron dormidos, mientras, Frank estaba poniendo orden al caos que se había creado en su apartamento.

- Se diría que ha pasado un pelotón de soldados por esta casa –afirmó la madre contemplando el desastre.

- Buenas tardes, señora Espinos –dijo Frank, levantándose.

- Hola, Frank –respondió ella-. Hemos venido a rescatarte de estos guerreros.

- Gracias –dijo.

- Se nota que no habéis parado de moveros desde que llegaron aquí –observó/la madre-. Se les ve muy fatigados. Lo siento por ti, muchacho.

- Un día laboral –afirmó Frank- tal vez dos jornadas laborales en un solo día. Estoy exhausto, sin embargo, me siento feliz. Sus hijos son una verdadera perla, señora.

- Gracias. Hemos traído comida precocinada. Cuando venga mi marido, os esperamos en la casa de Claudia para almorzar. Te avisaremos para que despiertes a tus secuestradores, si fuera necesario.

- Ahí estaremos –aseguró él-. Por ahora, creo que les haré compañía. Estoy realmente molido.

- Que descanséis –dijo la madre, mientras se alejaba con Claudia.

Una hora después llegaba Martín con un montón de cosas. Casi no había más espacio para sentarse en su camioneta, un Chevrolet. Llamaron a los chicos y se sentaron a comer. Conversaron durante un largo rato, y después la familia se despedía para regresar al pueblo. Volverían dos semanas antes de la boda para ultimar los detalles que faltarían y se quedarían en la ciudad hasta unos días después de la misma.

Los jóvenes respiraron aliviados. Estaban muy cansados. Se quedaron charlando hasta que Frank decidió retirarse, pues, tenían que trabajar al día siguiente y necesitaban recuperar energías. Entonces ella le pidió que se quedara ahí aquella noche. Faltaban pocos meses para la boda y nunca

había pasado la noche con su futuro marido. Había que limar asperezas a fin de evitar disgustos en el futuro. Y él se quedó.

...

Llegó el día de la boda y él fue a esperar en la iglesia, como era costumbre. Entre otras cosas, estaba tranquilo porque sabía que desde ahí podía comenzar a tener documentos a fin de demostrar al mundo que existía. En la ceremonia sólo se utilizarían los nombres de pila. Él ya tenía preparado un apellido, Enstein, para rellenar las actas y, a partir de entonces, la vida tomaría un curso distinto. Esa es la razón por la que había decidido casarse por la iglesia protestante. La iglesia católica le había rechazado.

El tiempo pasaba y la novia no llegaba. ¿Habría cambiado de opinión y no estaba dispuesta a casarse con alguien que no se conocía a sí mismo? Eso supondría el final de todo; porque ella había sido el motor de Frank en estos últimos meses. De pronto, la gente se puso en pie y el coro entonó la marcha nupcial: la novia había llegado. Junto a ella estaba su padre y tras ellos venían su madre y sus dos hermanos. El padre llegó hasta él y le entregó a su hija. Se hicieron los compromisos previos. Poco después entró el pastor y comenzó la ceremonia.

- Hermanos –dijo-, nos hemos reunido hoy para unir en el santo sacramento del matrimonio a estos dos jóvenes: Frank y Claudia...

La ceremonia fue muy sencilla. Habían asistido pocos invitados y se les veía feliz, puesto que todos sabían que aquella historia anunciaba tener mucho futuro. Ambos eran jóvenes y habían decidido unir sus vidas... y comenzar desde cero. Cuando acabó la ceremonia, todos asistieron al banquete que organizaron en su nuevo hogar. Al día siguiente se iban de viaje de novios.

...

Unos meses después, su amigo Paul Sebastien le convenció para crear una pequeña empresa de cosméticos, en la que invertirían cada uno el cincuenta por ciento y se repartirían los beneficios. Abrieron la empresa a la que llamaron Cosméticos S. L., dedicada a la belleza femenina y en poco tiempo se hicieron ricos. A Claudia también le iba bien en su trabajo y podían permitirse ciertas comodidades.

- Cariño –dijo Frank una mañana, mientras desayunaban-, he pensado trasladarme a la capital para someterme a un tratamiento.

- ¿Estás enfermo? –preguntó ella, preocupada.

- Sí, y muy grave –respondió él-. ¿Ya no te acuerdas de que me diagnosticaron amnesia severa?

- ¡Ah, sí; es verdad –recordó Claudia-. Pensaba que ya recuperaste la memoria, porque dijiste que te apellidabas Einstein.

- Pues no –respondió Frank-. Estoy igual que al principio. El apellido solo me servía para casarme contigo y poder tener un pasaporte para nuestra luna de miel.

- ¿Quieres decir que te casaste conmigo sólo para poder tener algún documento válido?

- No me malinterpretes, por favor –pidió Frank-. Quise decir que si no conseguía algún apellido nunca habríamos podido casarnos, ni mucho menos realizar nuestro viaje de novios. Sin embargo, ya va siendo hora de que desentrañe el misterio de mi vida, a fin de que no corramos riesgos.

- Es decir, que te inventaste el apellido.

- Claro que sí, mujer. Tuve que hacerlo, porque el momento me lo exigía.

- No te culpo de nada; pero, ¿has pensado en lo que sucedería si de pronto recuperases la memoria? ¿Cómo explicarías a la gente que ya no eres tú? Aparte de que eso podría afectar nuestro matrimonio.

- Lo he pensado, amor –dijo él-. Entiéndeme. Se mire por donde se mire, no tenía otra alternativa. De todos modos, si recupero mi identidad y nuestro matrimonio corriese peligro por ello, entonces me llamaré Frank el resto de mi vida. Eres lo único que me importa en este mundo.

- Bueno, en este caso, es mejor que trates de recuperar tu vida cuanto antes. No quiero perder todo lo que he conseguido hasta ahora –dijo.

- No vas a perderme, Claudia Espinos –la tranquilizó-. Mi vida eres tú. No tengo ninguna vida que recuperar; no obstante, es imprescindible que recupere la memoria para evitar sorpresas.

- De acuerdo –dijo-. Haz lo que tengas que hacer, pero llévame contigo. No quiero quedarme aquí mientras te bates, buscándote entre las tinieblas. Te quiero. No me dejes aquí sola. Permíteme que libre contigo esta batalla; pues el resultado nos afecta a los dos, lo quieras o no.

- No. No quiero que pierdas tu trabajo. Estos tratamientos pueden durar meses, incluso años. No puedes estar fuera durante mucho tiempo, acabarías perdiendo tu trabajo. Prometo llamarte cada dos días, al final de la jornada.

- Solo acepto quedarme aquí si prometes llamarme cada día –protestó.

- Está bien –aceptó Frank-. Te llamaré cada día. Te lo prometo.

Unos días después se trasladó a la capital. Llevaría las cuestiones de su empresa por e-mail. Su socio firmaría los documentos y, si fuese necesario, podía enviárselos por correo para que él también los firme. En unos meses podía estar de vuelta, y a partir de entonces podría acudir periódicamente a las revisiones, si fuera preciso.

VI

En la capital, se alojó en un hotel. Al día siguiente visitó el hospital psiquiátrico; allí le recomendaron al mejor psicoterapeuta para aquellos casos y fue a verlo. Éste vivía en un barrio lujoso, donde tenía su consultorio. Era una vivienda de dos plantas, pintada de azul, con un hermoso jardín alrededor. En la planta alta estaba su vivienda y en la baja tenía el consultorio, que comprendía cuatro estancias. La primera era la sala de admisión de pacientes, en la que atendía su secretaria, y detrás estaba el consultorio, al otro lado la farmacia y un gran almacén. Después de rellenar el formulario de admisión, fue a ver al doctor y ambos comentaron someramente su caso y regresó al hotel.

Unos días después, mientras regresaba del consultorio, le esperaba una extraña mujer delante del hotel. Ella le dijo que lo estaba esperando para tratar un asunto muy importante. Él la invitó a que entrase y se sentaron en la sala de espera del hotel.

- He venido a verlo, señor –comenzó a decir la extraña {mujer}-, porque es importante que hablemos.

- ¿De qué se trata, señora? –preguntó.

- Se trata de usted –respondió ella.

- ¿De mí? –se extrañó él-. A usted no la conozco de nada. ¿Qué tiene que decirme que resulta ser tan importante?

- Verá –dijo ella-, no sé cómo lo tomará usted, pero he venido a decirle algo de vital importancia.

- Pues, adelante, que el tiempo apremia –la invitó él.

- Está bien –aceptó la mujer-. Vengo del futuro para prevenirle sobre su futuro.
- ¿En serio? –se rió Frank-. Explíquese porque estoy a punto de tomarla por loca.
- No me incumbe explicárselo –dijo-. Sólo vengo a advertirle que su biógrafo está aquí. Sé que usted perdió la memoria y ha venido aquí para aclarar ese misterio.
- ¿Cómo lo sabe y a qué se refiere cuando habla de mi biógrafo?
- Vengo del futuro, ya se lo dije –repetió ella-. Y es muy importante que tome ciertas decisiones ahora o echará a perder su vida.
- ¿Cómo sabe que tengo un biógrafo? –preguntó él.
- He leído su historia en el futuro, por eso estoy aquí –respondió ella.
- ¿Ha leído mi historia? Pues hábleme de ella. Tengo miles de preguntas que formularle sobre mi pasado –dijo Frank.
- No se me permite intervenir –le cortó ella-. Sólo he venido a alertarle sobre el camino que está recorriendo. Usted tomará sus propias decisiones y será lo que tenga que ser.
- Dígame quién es y dónde vive ese biógrafo –quiso saber.
- No puedo –insistió ella-. Usted debe serenarse y pensar lo que tiene que hacer. Empezó de la nada y ahora ya es alguien. No desperdicie todo lo que ha logrado hasta ahora por un pasado que quizá nunca ha tenido, cuando podría tener un futuro brillante.
- Por eso debo ver a mi biógrafo para encauzar mi vida –insistió Frank.
- Está bien, se lo diré, si eso es lo que quiere –se resignó ella-; pero no pienso acompañarle. Ya he intervenido bastante.
- Gracias –dijo él.
- No me las dé –dijo ella-, más bien cuídese. He alterado su pasado y eso alterará también su futuro, no lo olvide. Tenga mucho cuidado con lo que haga a partir de ahora.
- ¿Mi pasado? Pero esto es el presente.
- Pues, se equivoca, joven –le espetó ella-. Esto es su pasado y afectará su futuro. No le quepa duda.
- Está bien –admitió él-. Tendré cuidado. Muchas gracias.

Ella (la extraña mujer) le dio el nombre y la dirección del hombre en cuestión y él (Fran) decidió visitarle al día siguiente. A Frank le preocupaban las últimas palabras de aquella extraña mujer, tenía muchas dudas al respecto. No entendía cómo una persona podía viajar en el tiempo. Si hubiese venido del pasado, habría podido contarle aquello que tanto le preocupaba. Pero, venía precisamente del futuro para no poder contarle nada; total, había hecho un viaje inútil, si es que era cierta su historia. Ahora bien, si existía su biógrafo, entonces podía creer en las palabras de aquella mujer; porque podía conocer su pasado a través de él y, por consiguiente, construir su futuro junto a Claudia. Esto le bastaba.

Aquella noche habló con Claudia (por teléfono) y le contó sus planes. Mencionó superficialmente la conversación con la extraña mujer y le dijo que estaría de vuelta a casa en breve. Ella se alegró, pues lo echaba mucho de menos; por desgracia, la agencia en la que trabajaba no realizaba viajes hacia la capital, sino al extranjero. Se despidieron con muchos ánimos y esperanzas de verse pronto.

Al día siguiente, acudió a la cita con el terapeuta, pero este se había ausentado por una cuestión familiar, y le notificaba que se verían dentro de tres semanas. Frank aprovechó aquel momento para pasar por algunas joyerías a fin de comprarle algo a su mujer. Fue también a las tiendas y le compró algunas prendas de vestir. Presentía que su vida iba a cambiar después de entrevistarse con su biógrafo, aunque no sabía cómo. De todos modos, una vez haya averiguado lo que necesitaba saber sobre su pasado, regresaría a su ciudad. Podría ser al día siguiente, en caso de que la información le

satisficiera; mientras tanto seguiría con la terapia hasta recuperar su memoria.

Después de dejar todo en el hotel, visitó algunos lugares turísticos y tomó algunas fotos de recuerdo, porque pensaba venir alguna vez con Claudia a pasar un fin de semana. Ahora era empresario y podía permitirse algunos lujos. Pasó por una agencia de viajes y compró un billete para el primer vuelo de la compañía C del día siguiente, a las siete y media de la mañana. Después, pasó por el hotel y pagó la cuenta hasta aquella noche, dado que iba a salir muy temprano para el aeropuerto. No tenía equipaje que facturar; viajaba ligero, con una sola maleta.

A media tarde se dirigió a la casa de su hipotético biógrafo. Su corazón latía con fuerza, hasta el punto de que barajase la posibilidad de eludir aquella visita. Parecía que de ello dependía su vida; que si acudía a la cita podría acabarse su vida y que, si no lo hacía, también moriría; pero, lentamente, pensando que había desaprovechado la única oportunidad que tuvo de descifrar el enigma de su vida. Todavía resonaban en su cabeza las últimas palabras de aquella extraña mujer. No tenía elección. Se dirigió como un autómat a aquel barrio, encontró el apartamento y se detuvo quince minutos, indeciso. Después entró, cogió el ascensor y ascendió al quinto piso. Salió del ascensor y fue hacia la puerta. Sus pies le pesaban cada vez más a medida que iba acercándose. Quería huir de allí, pero no podía. Tenía que seguir adelante a pesar de todo. Llegó ante la puerta y se apoyó al lado de ella. Durante casi media hora permaneció así, como petrificado. No sabía si regresar al ascensor o tocar la puerta. Era inimaginable descifrar el cúmulo de cosas que pasaban por su cabeza. Se sentía como en un tiovivo. Finalmente, tocó la puerta tres veces y alguien empezó a abrirla desde dentro. Tardó cinco minutos antes de que la puerta se abriese, pero a él se le antojó una eternidad. Volvió a sentir las ganas de huir de aquel lugar y no regresar jamás. Pero no huyó, siguió ahí como una estatua clavada en la tierra. Tenía que ver a aquel que había escrito sobre su vida y darse la oportunidad de arreglar su propia historia. Hasta entonces, nadie había tenido una oportunidad como la suya. Tenía que aprovecharla y asumiría las consecuencias, fueran las que fuesen. Finalmente, la puerta se abrió y se encontró ante un hombre de una mediana estatura. Llevaba una máscara de payaso con una sonrisa sarcástica.

- Hola –le saludó el hombre.

- Muy buenas –contestó Frank, sudoroso.

- Pasa –le dijo el hombre.

- No me diga que me esperaba –terció él.

- Sabía que ibas a venir, Frank Einstein. Supe que estabas en el pasillo y te oí titubear ante mi puerta, mientras te decidías a tocar.

- ¿Cómo sabe mi nombre? ¿Y por qué no abrió usted la puerta? –preguntó Frank.

- Esa decisión debías tomarla tú –dijo el hombre-. No podía intervenir. Incluso tardé mucho en abrir la puerta porque esperaba que salieras huyendo, empero te quedaste y has entrado. En fin, todavía sigues escribiendo tu historia.

- ¿Qué se supone que debía hacer? –inquirió Frank.

- ¿Qué se presupone que habrías debido hacer? –preguntó el enmascarado.

- No entiendo –dijo Frank.

- Yo tampoco –respondió el hombre-. Los jóvenes sois imprevisibles, pero sois previsibles en la previsión: sucumbís siempre ante la curiosidad.

- Antes de que me hunda del todo –añadió Frank-, dígame quién es usted.

- No puedo decírtelo. Estamos en el pasado y todavía no tengo nombre –respondió el hombre-. Mejor dicho, nadie debe conocerme todavía y tú menos aún.

- ¿Por qué lleva máscara? –inquirió Frank.

- Porque nunca deben conocerse un personaje y su futuro biógrafo –respondió el hombre-. He elegido esta máscara porque la vida es un chiste para unos y, para otros, una broma pesada. En ambos casos el humor prevalece. Y si resulta ser trágico, se le aplica el refrán que dice: A mal tiempo buena cara. ¿A qué has venido?

- A conocer mi pasado –respondió el joven, sin vacilar.

- ¿Para qué? –volvió a inquirir el hombre-. No puedes cambiar tu pasado; en cambio, tu futuro depende de ti.

- Lo sé –contestó Frank-, pero necesito saber quién soy

- No son los demás quienes tienen que decirte quién eres, eres tú quien decide quién quieres ser –atajó el hombre.

- Sé quién quiero ser –afirmó Frank-; por eso necesito saber quién era para poder avanzar.

- Seas quien fueras, lo sabrás tarde o temprano –dijo el hombre-. Yo existo después de ti. Todavía no sé quién eras; y, si no lo sabes, preocúpate por saber quién eres ahora y quién quieres ser mañana. Tú y yo no somos contemporáneos, sólo quiero prevenirte sobre tu futuro, porque parece que no te importa.

- ¿De qué? –preguntó Frank- ¿De quién seré en el futuro?

- Quien seas o dejes de ser depende de ti –le dijo el hombre-; el futuro no está escrito en ninguna parte, cada uno lo escribe en cada segundo de su vida, según cada paso que dé o cada decisión que tome. Si te hablo de tu futuro, se convertirá en tu pasado, porque todo cambiará. Escribiré lo que has vivido, no lo que vas a vivir; estoy después de ti, por tanto, todavía no soy tu biógrafo oficialmente –concluyó el hombre-. El hecho de que coincidamos aquí y ahora esto se convierte en nuestro presente, borrando así el futuro de ambos, aunque no el mío. Depende de nosotros si queremos alterar la historia; por mi parte, no pienso hacerlo; en cambio, te veo muy empeñado.

- Sólo pretendía entender algo sobre mi vida –se excusó el joven-. Usted es la segunda persona que viene a advertirme sobre mi futuro sin concretizar nada, y eso me confunde mucho.

- Y dale que dale con el asuntillo ese –se puso nervioso el hombre-. No compliques más las cosas. No sé cuántas habrá cambiado tu estancia aquí; pero, puede ser que estés todavía a tiempo. Estás tan obsesionado con tu pasado que has descuidado tu presente, y esto repercutirá en tu futuro. Vuelve a casa y replantea tu vida, mientras aún puedas. Nunca tuviste que haber venido aquí; este simple hecho puede haber cambiado tu futuro. Y no me hagas más preguntas; ya sabes que no te daré la respuesta que esperas, porque no puedo hacerlo.

- Está bien –se resignó el joven-. Haré como usted dice y rezaré porque mi futuro sea mejor que mi pasado.

- Más que rezar –dijo el hombre-, debes meditar sobre cada paso que des en lo sucesivo para que tu camino no sea de rosas.

- Pero, si las rosas no son malas –dijo el joven.

- Ahí es donde se engaña la Humanidad –sentenció el hombre-. Todos se quedan en las apariencias. Deberías saber, muchacho, que las rosas son especiales precisamente por sus espinas; de tal modo que a cada flor le corresponde una veintena de espinas, y antes de disfrutar de sus aromas hay que enrojecerse los dedos. Os conformáis con cualquier cosa y os engaáis con pequeñeces para ocultar vuestra vanidad.

- Seguiré su consejo –le dijo el joven-. Adiós.

Y salió de aquel lugar con la sensación de que había envejecido treinta años más. Le parecía

haber estado hablando consigo mismo, pero en el futuro, de modo que no le quedaba otro futuro aparte del que debería forjar desde aquel momento. Estaba aturdido y sentía un gran vacío. Necesitaba hablar con Claudia lo más pronto posible, antes de volverse loco. Sentía que su cabeza iba a estallar. Eran las diez y media de la noche y las calles estaban vacías. Sin darse cuenta, siguió caminando acompañándose a sí mismo. Entró en un callejón, en un intento de tomar un atajo para llegar a su hotel antes de medianoche. Tres individuos lo estaban observando desde un portal oscuro cerca del callejón. Cuando entró en él, se fueron acercando sigilosamente, mientras él seguía caminando absorto en sus pensamientos. De pronto sintió un fuerte dolor en la sien; al principio creyó que era una punzada del dolor de cabeza, pero, cuando se dio cuenta, estaba tumbado en el suelo. Los hombres registraron sus bolsillos y se llevaron todo cuanto era suyo de valor: la cartera, el pasaporte, etc. Mientras tanto, uno de los asaltantes se percató de que estaba volviendo en sí y le propinó tantos golpes en la cabeza que le dieron por muerto y huyeron.

Un borracho que regresaba de sus juergas nocturnas fue quien halló a Frank tirado en la acera y se le acercó. Al darse cuenta de que seguía con vida, llamó una ambulancia, que no tardó en llegar. Recogieron al joven y lo llevaron al hospital Principal, donde recibió la asistencia médica que necesitaba. Las heridas se curaron, sin embargo no recuperaba el conocimiento. Cuando pasaron dos semanas y vieron que nadie venía a reclamar al hospitalizado ni a pagar los gastos de hospitalización, lo trasladaron al hospital de la Caridad. Allí, con la ayuda de los sueros que le irían suministrando, permanecería hasta recuperarse del coma en que se encontraba, o hasta su muerte.

Claudia estaba muy preocupada. Habían pasado tres semanas sin que Frank la llamase. Había llamado varias veces a su móvil, pero estaba fuera de servicio. Dormía junto al teléfono, a la espera de cualquier noticia; sin embargo, Frank no llamaba. No podía llamarle al fijo, porque la llamaba siempre desde una cabina al teléfono de casa y algunas veces a su oficina. Tampoco podía realizar un viaje rápido a la capital, debido a que su agencia no realizaba vuelos a la capital. Entonces pidió permiso para ir a {la capital}, con el fin de ir a averiguar algo sobre él. Le concedieron una semana, pues había mucho trabajo en la agencia. Claudia estaba desesperada. Decidió tomar el último vuelo de aquella noche para la capital; así ganaba el tiempo para obtener la información que necesitaba: si acaso Frank estaba enfermo o le hubiere pasado algo. El vuelo siguiente a la capital sería dentro de tres días. Presentía que algo iba mal.

Paul también estaba preocupado. Había llamado varias veces al móvil de Frank, pero se encontraba fuera de servicio; tampoco respondía a los e-mails. Llevaba varias semanas sin saber nada de Frank. Habló con Claudia y esta le comunicó que iba a realizar un viaje a la capital y que una vez allí le avisaría para que ambos pudiesen hablar.

Aquella noche llamó a sus padres y les avisó que tenía que trasladarse a la capital para enterarse de lo que le habría pasado a su marido. Lo haría en el último vuelo, y, cuando llegara a su destino, les daría los datos de su ubicación a fin de que estuviesen comunicados. Ellos la tranquilizaron: “Todo saldrá bien. Habrá tenido algún problemilla” –le habían dicho; pero ella presentía que la situación era grave; que a Frank le había pasado algo muy grave, para que pasara tanto tiempo sin llamar.

Tal vez había recobrado la memoria y se había olvidado de ella. En este caso, resultaría angustioso explicarle quién era ella, o bien había tenido algún accidente y necesitaba su ayuda. Lo que estaba claro es que debía ir a la capital para enterarse de lo que le había ocurrido. Compró un billete de ida y vuelta para una semana y se fue a casa a empacar lo necesario para el viaje, y esperó la hora con impaciencia.

Una hora antes del vuelo, se fue al aeropuerto y trató de distraerse visitando las tiendas que

había allí, observando los artículos exóticos que importaban a su país; sin dejar por ello de preocuparse por lo que podría haberle ocurrido a Frank. Media hora después, los altavoces anunciaban que el vuelo se retrasaría debido a las malas condiciones meteorológicas. Claudia casi se desmaya al enterarse. Deseó tener alas y volar hacia la capital o tomar otro medio de transporte más seguro, pero no lo había. Se acercó a la sucursal de la agencia de viajes para enterarse de lo que pasaba. Había mucha gente acumulada ahí. Dijeron que el director había decidido cancelar el vuelo, y que los pasajeros insistieron en que no debía suspenderse, pues era de vital importancia. Que estaban dispuestos a esperar hasta que amainara el temporal y tomar el vuelo aunque sea de madrugada; pero que no pensaban regresar a sus casas. No podían volar. El director insistió; algunos pasajeros tuvieron una crisis nerviosa y otros acabaron amotinándose en la sucursal. Para calmar la situación, el director prometió que se realizaría el vuelo una vez que mejorase el tiempo, pero que no se hacía responsable de lo que pasara, porque el clima podría cambiar de nuevo. Claudia tomó el vuelo, de todos modos; su desesperación había alcanzado los límites del paroxismo y todo aquel embrollo le resultaba indiferente. Ya no sentía nada, sólo deseaba estar con Frank.

El avión despegó a las dos y cuarenta y cinco de la mañana, sin dificultad alguna y sobrevoló varias ciudades. Todo se veía claro, pues, la tormenta se había alejado. Claudia disfrutó del paisaje nocturno: la ciudad, las estrellas, etc., y trató de dormir unos minutos, pero no lo consiguió. Su mente la obligaba a estar despierta. El vuelo duraría una hora y, con un poco de suerte, llegarían bien al destino. Al llegar, pasaría la noche en el primer hotel que pillara y al día siguiente comenzaría a buscar a Frank por los lugares comunes: la comisaría, los hospitales, etc. Había tantos hoteles que no podía saber dónde se alojaba Frank. Sin embargo, la policía podría localizarlo desde donde hacía las llamadas y preguntar en los hoteles más cercanos, ampliando los círculos en espiral hasta localizar el hotel en que se hospedaba. Lástima que él no se lo dijo y ella tampoco se lo había preguntado. Cuando Frank llevaba apenas tres días ausente de casa, le había dicho que regresaría al quinto día. Habían pasado tres semanas.

El piloto les comunicó que aterrizarían en veinte minutos y todos respiraron aliviados. Pocos minutos después, les decía que las condiciones climatológicas habían empeorado de repente; que la ciudad estaba completamente nublada y caía una fuerte tormenta acompañada de rayos. Avisaron a la torre de control, pero ellos les recomendaron que diesen la vuelta o aterrizaran en otra ciudad, porque allí resultaba prácticamente imposible. El comandante estaba a punto de dar la vuelta, cuando comprobó que no tenía suficiente combustible para realizar el mismo trayecto; así que, avisó a la torre de control sobre el problema y les dijo que aterrizaría de cualquier modo. Ellos iluminaron la pista de aterrizaje. Cuando sólo faltaban siete minutos para comenzar el aterrizaje, un rayo alcanzó el ala derecha del avión arrancándolo de cuajo y el avión se precipitó al vacío, estrellándose en los bosques cercanos del aeropuerto.

VII

Frank llevaba una semana ingresado en el hospital sin que nadie viniera a reclamarlo; las hermanas de la Caridad enviaron su foto a los periódicos, a las revistas y a la televisión, pero sólo se pasó la noticia una vez. Al día siguiente, todos los medios de comunicación del país hablaron del accidente aéreo que había ocurrido en la madrugada, cerca de la capital, en el cual habían muerto ciento veinte personas. Aquella noticia ocupó todas las portadas de los periódicos durante mucho tiempo. La familia de Claudia se enteró de la noticia y lloró a su hija. No pudieron identificar los

cuerpos y el país guardó luto por ellos durante un mes.

El director de la compañía compareció en rueda de prensa y dio parte de todo lo sucedido aquella noche, horas antes del vuelo. Prometió indemnizar a las familias damnificadas por humanismo y apeló a la conciencia de sus clientes, para que en lo sucesivo fuesen más comprensivos y conscientes, y evitasen ese tipo de actitudes que le obligaron a aprobar un viaje que había suspendido.

La familia de Claudia recibió la condecoración de su hija, a título póstumo, como empleada ejemplar de la agencia y alquiló la casa de matrimonio en espera de que aparezca Frank si es que seguía en vida.

...

Se despertó de pronto, y se dio cuenta de que estaba tendido en una cama, en el hospital. Junto a él estaba un cura de pie con su librito negro. Era el mismo cura que le había negado la partida de bautismo. Al lado del cura había unas monjas de rodillas y con las manos juntas rezando el santo Rosario. Al final de cada misterio repetía el cura:

- Dale, Señor, el descanso eterno.

- Y brille sobre él la luz perpetua –respondían fervorosas las monjas.

El joven se quedó confuso. No entendía nada. Hacía poco que se había casado con la única chica que había conocido en aquella gran ciudad y ahora estaba postrado en una cama junto al cura que le había rechazado; las monjas del orfanato que no quisieron ayudarle y la enfermera que conoció cuando se despertó la otra vez. ¿Habrá sido todo un sueño o realidad? Si fuese un sueño, ¿cómo podía reconocer a aquellas personas? Y si fuera real, ¿cómo podía seguir postrado en la misma cama de aquella habitación tan conocida?

- ¿Qué está pasando aquí? –acertó a preguntar.

Todos se asustaron y retrocedieron exclamando:

- ¡Milagro! ¡Milagro!

- No puede ser –exclamó la enfermera-. Usted no puede haberse despertado. Lleva postrado cinco años sin indicio de vida y justo ahora se despierta. No puede ser. Lástima que no se haya despertado antes.

- ¿Cinco años? ¿Cómo es posible? –preguntó.

- Es cierto, joven –aseguró la enfermera, apenada-. Y es increíble que se haya despertado precisamente ahora. Es una lástima.

- ¿Lástima? ¿Por qué? –preguntó el joven, asustado.

- Lástima, lástima –repetían la enfermera y todos los que le rodeaban.

- ¿Por qué es una lástima? ¿Alguien quiere explicarme este misterio? –les increpó el joven.

- Es una lástima –explicó apenada la enfermera-, porque hace cinco minutos que el anestésico le administró una sobredosis de morfina. Si hubiese despertado antes, esto no habría ocurrido. Supongo que es la reacción del medicamento lo que le ha despertado.

- ¿Morfina? No puede ser –gritó el joven- ¿Por qué no probaron con otra cosa?

- Probamos con todo, créame –le aclaró la enfermera-. Usted lleva aquí cinco años inmóvil y hemos probado hasta con lo último de la medicina y de la tecnología. Hemos utilizado hasta el electrochoque, pero nada ha resultado. Después de tanto tiempo y, en vista de que usted no reaccionaba, el Tribunal médico aprobó en consenso aplicarle la eutanasia. Además –añadió la enfermera-, ningún pariente suyo se ha presentado en todo este tiempo, y eso que hemos enviado su foto a todos

los periódicos y a la televisión. Nadie conoce su nombre y no hemos podido hacer nada.

Las últimas frases le resonaron en los oídos al joven. Estaba seguro de que las había escuchado antes en boca de aquella misma enfermera. Aquello no podía ser una coincidencia. No entendía nada. Todo lo que decía aquella enfermera resultaba demasiado complejo.

- ¡No! –gritó el joven-. Esto no es justo. Yo tenía una vida, y si nunca la tuve, por lo menos conseguí inventármela. Acababa de casarme... y ustedes me lo han arrebatado todo. No es justo. ¡No es justo!

- Lo sentimos mucho, joven, y ¡ojalá! hubiera otra solución para contrarrestar el efecto del medicamento; pero no la hay. Lo sentimos –la enfermera se echó a llorar desconsoladamente.

“La vida es una lata –pensaba ella-. Había pasado toda su vida salvando vidas y ahora estaba arrebatando una vida juvenil recién recuperada. La vida de un joven sediento de vida, a punto de florecer”.

- Si hay algo que podamos hacer por usted –comenzó a decir la enfermera-, lo haríamos...

Pero el joven ya no la escuchaba. La medicina había comenzado a arrebatarle el aliento. De pronto, se sintió seguro. Ya no necesitaba nada ni a nadie. Las voces se habían alejado y ahora sólo escuchaba la voz de Claudia:

- ¡No me dejes aquí sola! ¡Te quiero!

Él fue hacia ella y se fundieron en un abrazo que duró toda la eternidad. Se les veía muy feliz y era eso lo que importaba. Y todo desapareció.

- Dale, Señor, el descanso eterno –repitió el cura.

- Y brille sobre él la luz perpetua –respondieron las monjas.

- Descansen en paz –volvió a decir el cura.

- Amén –respondieron las monjas.

-

...

- ¡Ha muerto! –exclamó la enfermera-. No puede ser. No es justo. Justo ahora cuando había despertado después de tantos años. Tenía que haberse despertado antes. Tenía que haberse despertado antes...

- No es culpa tuya ni vuestra –la consoló el cura-. Habéis hecho todo lo que estuvo en vuestra mano. Lo habéis intentado.

- Tal vez, padre–se quejó la enfermera-. Pero le hemos matado nosotros. Se supone que debemos salvar vidas, no quitarlas.

- Es cierto; sin embargo, habéis esperado cinco años, probando diversas soluciones. No lo hicisteis cuando acababa de ingresar.

- Es verdad; pero, aun así, no es justo –remató la enfermera.

- Tienes razón, no es justo. ¡Qué pena! –se lamentó el cura, cuando se retiraron las monjas -; apenas nos acordamos de preguntarle su nombre, de tanto bla, bla, bla. Quizá él lo recordaba y ahora podríamos escribirlo sobre su lápida.

- Es verdad –contestó la enfermera- la angustia me cegó y no me acordé de preguntárselo. Aparte de que estaba asustada y desesperada.

- El Señor lo sabrá –atajó el cura-. Ante Él todos tenemos nombres. Él nos conoce a todos y nos llama con nuestros nombres, no importa que nuestros hermanos no los conozcan.

- Es muy curioso el caso de este muchacho –agregó la enfermera-. He visto casos de personas

desconocidas que permanecen en coma durante mucho tiempo; pero siempre acaban siendo reconocidas por alguien. Y, por lo general, acaban recuperándose, aunque algunas mueren sin despertarse. Sin embargo, lo de este muchacho ha sido una verdadera tragedia: en cinco años nadie ha venido a preguntar por él, y cuando consigue despertarse, resulta ser que acaba muriendo. Es increíble.

- Tienes razón –aceptó el cura-. Increíble y trágico. Sin embargo ya no volverá a estar solo.

- ¿Usted cree? –preguntó la enfermera.

- Pues, claro que sí –afirmó el cura-. Nuestra vida tiene sentido y nuestra muerte también.

- ¿En serio? –se sorprendió la enfermera-. Yo no lo veo de este modo.

- Entiendo –dijo el cura-. Los expertos en la medicina creéis que vuestras pastillas y vuestras manos bastan para darle vida a un ser humano e ignoráis que todo viene del Señor.

- Puede ser, padre –dijo la enfermera- pero, en estos casos, no negará que la medicina hace grandes cosas.

- Y el Señor hace el resto –concluyó el cura-. Pone la voluntad del paciente y la suya para que este recupere la salud.

- Es posible –dudó la enfermera-. Sólo sé que la medicina contribuye a que el paciente se mantenga relativamente vivo y tenga voluntad.

- La única voluntad que prevalece es la de Dios –sentenció el cura-. Además, la ciencia y la fe no necesitan enfrentarse sino estar unidas para aclarar los misterios de la vida del hombre.

- ¿De veras? –dijo la enfermera-. A lo mejor tenga usted razón; en cambio tengo otro punto de vista. En mi opinión, la ciencia aclara mejor las dudas existenciales del hombre, a través de pruebas evidentes. La fe solo impone soluciones que no puede explicar.

- La fe aclara todo aquello que la ciencia no puede demostrar –insistió el cura-. Mire nada más el origen de las cosas, ¿cómo puede la ciencia demostrar eso?

- Puede que tenga usted razón –dudó la enfermera-. De todas maneras ahórrese su sermón para otra ocasión. Por ahora, déjeme llorar por este muchacho y por todos aquellos que mueren en silencio, asesinados o enfermos, sin alguien que llore por ellos.

Se llevaron el cuerpo a la morgue; no hizo falta un velatorio puesto que no había parientes. Al día siguiente, después de la misa fúnebre, que celebró el {mismo} sacerdote, lo enterraron por la tarde en el cementerio local. A la ceremonia asistieron las mismas personas que lo acompañaron en sus últimos días, más un representante de la autoridad, a fin de que el acto tuviese validez.

Y, comoquiera que nadie conocía su nombre y no había documento alguno que certificara que estuvo vivo, escribieron el siguiente epitafio sobre su tumba:

AQUÍ YACE AQUEL QUE NUNCA EXISTIÓ

D. E. P.

(Descanse en paz)

OBRAS GANADORAS DEL CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD

Este trabajo es una publicación que recopila las dos obras ganadoras del Certamen Literario *12 de Octubre, Día de la Hispanidad*, convocado en el mes de octubre de 2015. Con esta publicación el CCEM pretende crear una colección anual que sobre todo apoye y difunda las expresiones e historias contadas por los ganadores de este evento literario. Desde nuestra Institución queremos seguir dando continuidad a este proyecto para así también ir descubriendo cada año la nueva generación de escritores guineanos.

Malabo, junio de 2016



**Centro
Cultural de
España en
Malabo**